ÁGORA

PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO

Núm. 13. DIGITAL. NUEVA COLECCIÓN. SEPTIEMBRE 2022

BLECHER

ÁGORA

PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO
N.13 NUEVA COLECCIÓN
SEPTIEMBRE 2022

ÁGORA ES UNA REVISTA DE CRÍTICA Y CREACIÓN LITERARIA

TALLER DE A GRAMÁTICO

Editor y Director:
Fulgencio Martínez

Colaboradores habituales que escriben en este número 13: Anna Rossell, Alicia Rodríguez, J.L. Martínez Valero, Joaquín Garrigós, J.L. Zerón Huguet, Venancio Iglesias. Nuevas firmas: Alba Diz, Felix Nicolau, Luis Andrés-Vázquez. Agradecimientos a Joaquín Garrigós por la traducción de Anton Holban.

Ágora es un co-laboratorio, trabajo de múltiples individualidades y coordinado, independiente y sin obligación de continuidad ni periodicidad fija.

Los textos publicados en *Ágora* son inéditos (salvo indicación expresa) y su *copyright*, así como el de las ilustraciones, es propiedad de sus autores. *Ágora* no se responsabiliza de las opiniones expresadas por ellos. EL TITULO, DISEÑO Y CONTENIDOS DE ESTA REVISTA ESTÁN PROTEGIDOS LEGALMENTE: LOS TEXTOS E ILUSTRACIONES NO PUEDEN SER REPRODUCIDOS EN OTRO MEDIO SIN LA AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES DE LOS MISMOS.

Depósito Legal: MU-0191-1998 ISSN: 1575-3239 Contacto: agoradeartegramatico@gmail.com

Blog de la revista ÁGORA DIGITAL www.diariopoliticoyliterario.blogspot.com

CAESAR NON EST SUPRA GRAMMATICOS

ÍNDICE

ÁGORA N. 13, SEPTIEMBRE DE 2022 5

DE MURCIA A TARAZONA 6

FULGENCIO MARTÍNEZ

MEMORIA 7

ÁNGEL GUINDA. EN RECUERDO DEL POETA DE *VIDA ÁVIDA.* RECOMENDACIÓN DE UN ARTÍCULO DE ANTÓN CASTRO EN EL HERALDO 7

EL ESCRITOR JAVIER MARÍAS / JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO 8

DOSSIER. PETER HANDKE 10

PETER HANDKE: *DESGRACIA IMPEORABLE* Y *LA GRAN CAÍDA COMENTARIO DE ANNA ROSSELL* 10

LITERATURA RUMANA / BLECHER NARRADOR LA VIDA ALEJADA DEL MUNDANAL RUIDO/ ALICIA RODRÍGUEZ 19

LITERATURA RUMANA / CO-LECCIÓN ÁGORA. ANTON HOLBAN CONVERSACIONES CON UNA MUERTA. ANTON HOLBAN. TRADUCCIÓN DE JOAQUÍN GARRIGÓS 27

CONVERSACIONES CON… 37

SOBRE LA TRADUCCIÓN. ENTREVISTA A JOAQUÍN GARRIGÓS 37

POR ALBA DIZ VILLANUEVA Y FELIX NICOLAU 37

TEXTOS MAGISTRALES 47

NOTAS DE UN DIARIO / JOSÉ LUIS ZERÓN HUGUET 47

DIARIO DE LA CREACIÓN. PANORAMA DE LA POESÍA ACTUAL / GUERRA EN UCRANIA Y OTROS POEMAS DE GUERRA *POR FULGENCIO MARTÍNEZ 71*

RELATOS 75

EL MUELLE DE LA CURRA *LUIS ANDRÉS-VÁZQUEZ 75*

ANTOLOGÍA DEL SONETO DEL SIGLO XX
PASEO POR EL AMOR Y LA MUERTE. SIETE SONETOS DE VENANCIO IGLESIAS MARTÍN *96*

AUTORES *106*

ÁGORA N. 13, SEPTIEMBRE DE 2022

Contenidos de este número de Ágora correspondiente a septiembre de 2022, que forma parte del Anuario 2022: un *dossier* sobre el Premio Nobel Peter Handke, a cargo de Anna Rossell, y en nuestra habitual sección de Literatura rumana, un relato de Anton Holban, "Confesiones de una muerta" (en traducción de Joaquín Garrigós), y un artículo dedicado a Max Blecher, acerca de *La ciudad de los condenados y otros relatos*.
Entrevista a Joaquín Garrigós, a raíz del Premio de Traducción Complutense.
Además, "El muelle de La Curra", una narración de Luis Andrés-Vázquez, y "Diario de la creación", "Guerra en Ucrania y otros poemas de guerra", de Fulgencio Martínez. En "Textos magistrales", "Notas de un diario" del poeta José Luis Zerón Huguet. En "Antología del soneto del siglo XX", "Paseo por el amor y la muerte", siete sonetos de Venancio Iglesias Martín, con comentario de Fulgencio Martínez.
La revista recuerda al poeta Ángel Guinda y al escritor Javier Marías.

Blog de Ágora: https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/

Números anteriores:
(11) https://es.calameo.com/read/002827296c2f8e7d3fd4a
(12) https://www.calameo.com/read/002827296060d6e965974

De Murcia a Tarazona

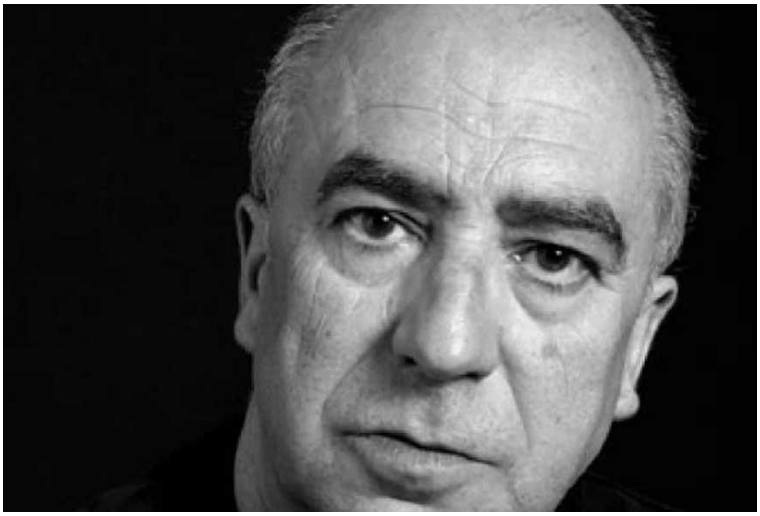
SALUS AB INITIO 2022-23

Mal verano ha sido este para los higos. Oigo decir a una señora, en Tarazona, que se han *asurado* por la falta de lluvia y el exceso de calor. Decía eso la mujer mientras daba cuenta de una honrosa excepción: una breva que debió coger de alguna rama baja de una de las mil higueras que ofrecen su frondor triste a los paseantes en el camino viejo del tren a Tudela, convertido en ruta verde. Aquel último higo, morado por fuera y delicioso, al parecer, en su interior, podría ser un símbolo del adiós a la "abundancia", y de seguro es la afirmación de un *carpe diem* desesperado y gozoso, y tanto más lo uno cuanto más lo otro.

(3 de septiembre 2022)

FULGENCIO MARTÍNEZ

MEMORIA



ÁNGEL GUINDA. En recuerdo del poeta de *Vida ávida.*
Recomendación de un artículo de Antón Castro en El Heraldo

En una esquina de la tapia del cementerio de Trasmoz (el cementerio *chico* descrito por G. A. Bécquer en su Carta III, de *Cartas desde mi celda*) una inscripción desde ahora recuerda al poeta Ángel Guinda. Antón Castro**,** en el periódico *El heraldo*, publicó un artículo el 11 de septiembre de 2022, dos días después del homenaje que se le tributó a Ángel Guinda en el Moncayo. "**Ángel Guinda ya reposa bajo la tierra mítica del Moncayo.** Sus cenizas hallan su morada última en el cementerio de Trasmoz. En Veruela se le rindió un gran homenaje." Recomendamos leer completo el artículo.

https://www.heraldo.es/noticias/ocio-y-cultura/2022/09/11/angel-guinda-ya-reposa-bajo-tierra-mitica-moncayo-1598864.html

Ángel Guinda falleció en Madrid en enero de 2022. Fue Premio de las Letras aragonesas en 2010. Poeta, editor, traductor, antólogo, vinculado a la editorial Olifante, de Zaragoza. Su obra está recogida en varias antologías, como *Vida ávida* (1981), o *Claustro* (1990). /FM

Javier Marías. *Fuente: www.jotdown.es.* Fotografía de Gonzalo Merat

EL ESCRITOR JAVIER MARÍAS

José Luis Martínez Valero

La pasada semana murió Javier Marías, setenta años, hijo de Julián Marías y Dolores Franco, ambos intelectuales, filósofo su padre; filóloga e investigadora de nuestra historia literaria, su madre. Comentaba Javier que quien escribe dice y no dice, ¿significa que el arte de escribir es el arte de callar, ocultar, algo secreto?

El escritor nos pone en contacto con lo escondido, aquello que no ven nuestros ojos, que no tocamos con las manos, aunque su presencia se haga realidad, porque de repente aparece en el curso de la escritura. Por tanto, puede que escribir se haga para hacer visibles zonas que aún permanecen en sombra.

Quien escribe no dice por decir, su hablar se convierte en fábula, una peculiar manera que conduce a ver, amplía la realidad y la hace legible. El escritor orienta, descubre puertas, que aguardaban como sobres cerrados, como botellas con mensajes borrosos que encontramos entre las piedras de las playas.

El escritor, cuando escribe pone orden en el caos de la prisa. Atribuye a un personaje cierto protagonismo que lo convierte en depósito del ser que hubiésemos pretendido, compone un modelo donde protagonista y realidad forman parte del mundo. De ahí que la lectura altere el sueño despierto en el que vivimos, por un instante nos aleja de la banda sonora, monótona del tiempo, luego se instala entre palabras cotidianas y rompe el papel que envuelve al día.

Hemos dicho que el escritor dice y calla. ¿Qué es lo que calla? En algunos momentos está claro, en periodos de Dictadura, se calla para hacer presente la ausencia. Corresponde al lector completar ese vacío que ha sido previamente anotado como que no debe ser nombrada.

Hay otro decir, otro silencio, cuya existencia descubrimos en el propio discurso, cuando la palabra como una piragua transcurre sobre la superficie de la página, permite ver el fondo, donde escritor y lector perciben esos mensajes misteriosos que apuntan los peces.

Ahora, Javier Marías, desde el otro silencio, nos sigue acompañando entre sus libros.

16 de septiembre 2022

DOSSIER. PETER HANDKE

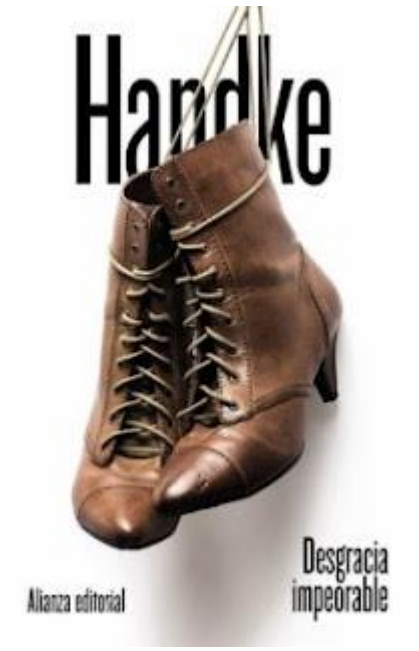
PETER HANDKE: *DESGRACIA IMPEORABLE* Y *LA GRAN CAÍDA*

COMENTARIO DE ANNA ROSSELL DE DOS OBRAS DEL NOVELISTA AUSTRÍACO Y PREMIO NOBEL DE LITERATURA EN 2019

1

PETER HANDKE O LA ESCRITURA COMO LUGAR DE REFLEXIÓN

Peter Handke, que ha cultivado todos los géneros literarios y ha ganado el Nobel de Literatura en 2019, ha hecho de la escritura un lugar de investigación y reflexión. Y él no se excluye como objeto de estudio; él se observa con distancia. En el cuestionamiento inmediato de cada gesto, palabra o actitud, Handke es un maestro.



Peter Handke
Desgracia impeorable
Traducción de Eustaqui Barjau
Alianza Editorial, 2018, 104 pp.

Es difícil encajar este texto de Handke (Griffen, Austria, 1942) en uno de los géneros literarios en que el mundo de la escritura intenta ordenarse. Sin embargo, esta dificultad no hace sino ampliar sus valores. Más aún tratándose de un libro escrito en 1972, poco después del suicidio de su madre, por la necesidad de digerir emocionalmente el hecho y probablemente también para dejar constancia escrita de una existencia extremadamente difícil, una de tantas que desgraciadamente nunca trasciende.

El texto, que en alemán ha recibido la categoría de *Erzählung* (literalmente, narración, relato, cuento) y no de *Novelle* (novela corta) ni de *Roman* (novela), ha sido recibido en nuestro país como novela corta, para evitar la confusión con el cuento literario. En todo caso, la categoría forma parte del título, viene a ser el subtítulo en su lengua original, *Wunschloses Unglück. Erzählung*, lo que parece dejar

constancia de la voluntad del autor de cómo quería catalogar el texto y de no incluir la palabra *Biographie*.

Y es que *Desgracia impeorable* no es únicamente el recorrido por el infortunado periplo vital de María Handke, nacida en 1920 en un pequeño pueblo de Carintia, Sur de Austria; su biografía tenía y seguramente todavía tiene mucho en común con la de otras mujeres. El texto es también una toma de conciencia del hijo hacia la figura de la madre y lo que ella representa para él. Y, más allá aún, ofrece al escritor Handke un marco de reflexión sobre el hecho de la escritura y, más concretamente, sobre la escritura de una biografía. Consciente de que cualquier pasaje, vivencia o sentimiento que pudiera describir él de la vida de la madre supone indefectiblemente una traición, el autor incluye algunos pasajes relativos a la dificultad que implica la tarea que tiene entre manos. En un gesto de honradez para con la madre, con los lectores y hacia sí mismo, aclara (formalmente lo indica entre paréntesis, como un excurso):

«Naturalmente, lo que está escrito aquí sobre alguien concreto es un poco vago e inconcreto; pero sólo las generalizaciones que —de un modo expreso y en una historia posiblemente única— hagan abstracción de mi madre como de un personaje central, posiblemente único, solo estas generalizaciones pueden referirse a alguien que no sea yo mismo —la simple narración de una vida, con sus cambios y su brusco final sería pedir demasiado.
Lo peligroso de estas abstracciones y formulaciones es, sin duda, que tienden a independizarse. Lo que ocurre entonces es que olvidan a la persona de la que han partido […]. Estos dos peligros —por una parte, el mero contar lo ocurrido; por otra, el hecho de que, sin dolor alguno, una persona desaparezca entre frases poéticas— frenan el tempo de la escritura, porque en cada frase que escribo tengo miedo de perder el equilibrio. [...] de un modo especial en este caso, en el que los hechos tienen un poder tan grande, que apenas hay nada que imaginar».

En este contexto quiero subrayar también las últimas palabras de la cita, que con *casi* insinúan alguna libertad tomada, desviada conscientemente de los recuerdos referentes a María Handke, lo que,

de nuevo, revierte en la problemática de la adscripción del texto a un género literario claro y en el deseo del autor de desviarse en algún momento de los acontecimientos recordados.

Hecha esta advertencia relativa a la dificultad de narrar lo que se propone, el autor se puede desahogar en el relato. En este caso, la vida de María Handke, una mujer, cuyo destino, escrito como el de tantas otras desde el nacimiento como una sentencia de muerte, transcurre en la triste monotonía de una rutina sin horizonte ni amor. La cotidianidad impuesta ahoga el deseo de desarrollo de una personalidad propia, aniquila, antes de nacer, cualquier intento de desviarse del patrón impuesto y hace inútil toda esperanza de concebir ningún proyecto, fuera del estrecho ambiente limitador de padres y hermanos. Su destino transcurre entre la cocina, el trabajo en la casa y en el campo, el cuidado de los hijos, un par de abortos voluntarios y soportar un marido alcohólico y enfermo. De hecho, el ahogo es de tal magnitud que los pocos años de felicidad del personaje que se nos describen tienen que ver con la embriaguez que produjeron las consignas del nacionalsocialismo sobre tanta gente humilde y desorientada, que entendía los eslóganes de Hitler como una redención de su miseria existencial. Por primera vez se percibían sujetos protagonistas de una misión gloriosa, que daba sentido a su vida.

Llama la atención la afirmación que hace el autor relativa a los sentimientos que tenía durante el vuelo que tomó para ir al entierro de su madre: «[...] me iba fundiendo en una agradable sensación de bienestar fatigado, impersonal. Durante todo el vuelo me llenaba de orgullo que mi madre se hubiera suicidado». Este sentimiento de orgullo por un hecho tan contundente y traumático como es quitarse la vida parece que sólo tiene una explicación, si lo entendemos como la interpretación del hijo de que el suicidio de la madre fue un acto de rebeldía y de autoafirmación, la única salida que tiene la protagonista de su novela corta para salvar la dignidad. El sentimiento de orgullo encaja si lo explicamos como reacción a su opuesto: el de rechazo o vergüenza del hijo por lo que había soportado la madre hasta ese momento. Simona Škrabec, en el impagable epílogo que escribe para la versión catalana (*Infelicitat perfecta*), que ha publicado

recientemente L'Avenç en traducción de Marta Pera Cucurell, resume, con palabras muy acertadas, esta narración, diciendo que el autor ha hecho «un estudio quirúrgicamente preciso del conformismo de los débiles». Es de este «conformismo de los débiles» de lo que Peter Handke se distancia; el texto viene a ser, también, la toma de conciencia del hijo, en la primera fase de su carrera como escritor, de lo que nunca debiera aceptar ningún ser humano, tampoco él.

Aún una mención a la traducción del título *Wunschloses Unglück*, que ha provocado hasta ahora tres versiones diferentes en nuestro país: dos en español, *Desgracia indeseada* (traducción de Víctor León Oller, Barral Editores) y, posteriormente, *Desgracia impeorable* (Alianza Editorial, a cargo de Eustaquio Barjau), además de la traducción catalana de Marta Pera, publicada recientemente, que ha optado por traducir literalmente, en su sentido etimológico, la palabra *Unglück* del original, *Infelicidad*, y que fiel a la contundencia de los aterradores hechos narrados ha optado por terminar el título con un golpe de efecto paradójico: *Infelicidad perfecta*. Porque *wunschlos*, en alemán literalmente *sin deseo*, *falto/a de deseo*, puede entenderse como un rasgo característico de la protagonista, pero también en el sentido de una infelicidad causada por la imposibilidad de hacer realidad ningún deseo, una idea difícil de recoger en el título.

Cierra el libro una nota de Eustaqui Barjau, en la que, entre otras aclaraciones, hace referencia a las razones de la traducción que él ha elegido para el título.

Un texto valioso de los de la primera época de este premio Nobel de literatura.

2

ELOGIO DE LA OCIOSIDAD

Peter Handke
La gran caída
Traducción de Carmen Gaugín
Alianza Editorial, Barcelona, 2020, 192 pp.

No, Handke no es un escritor fácil. El autor austríaco (Griffen, Carintia, Austria, 1942) pertenece a esa saga de autores de expresión alemana que se plantean la literatura como un lugar de experimentación formal para la provocación y el autoconocimiento. Handke es atrevido e innovador, de eso no hay ninguna duda. Es un experimentador nato. Pero, además, es un «habitante de la torre de marfil», tal como se definía en su ensayo autobiográfico en 1972 (*Ich bin ein Bewohner des Elfenbeinturms*, *Soy un habitante de la torre de marfil*), que no había sido traducida a ninguna de las lenguas de España. No es de extrañar, pues, que como tal tenga sus devotos y los

más enfurecidos detractores. Pero eso ya lo saben los que le siguen tanto en la lengua original como en las múltiples traducciones que se han hecho de él al español. Son escasas las que tenemos en catalán, y ésta también ha sido traducida este mismo año por Marta Pera Cucurell, por lo que damos la bienvenida a las dos versiones.

Esta novela corta, que retoma el estilo más temprano del autor, no deja indiferente, como no lo hace ninguna de sus obras, y también, como todos sus textos, exige perseverancia, paciencia y capacidad de observación e imaginación por parte del lector. Porque *La gran caída* no cuenta una historia a la manera tradicional —nada es tradicional en Handke—, podría decirse que no narra ninguna historia; el lector no es el observador que sigue desde fuera unos acontecimientos, sino que se ve instalado en la mente de un sorprendente y peculiar protagonista y lo acompaña en su insólito peregrinaje, que éste denomina la «marcha de los obstáculos». No es que Handke recurra al monólogo interior de su personaje como técnica narrativa; el autor dota a su texto de una voz narradora absolutamente presente. Sin embargo esta voz se identifica incondicionalmente con el héroe —actor de profesión, antes alicatador—, al que a menudo se refiere con las palabras «mi actor».

Así, acompañamos al actor durante un día de su vida, un día en que se despierta en una cama que no es la suya, en una ciudad extranjera, en casa de una mujer con la que ha hecho el amor. La mujer ya no está en la casa, no sabremos nada de ella, sólo que los amantes deben volver a encontrarse por la noche. Todo lo leeremos desde una única sensibilidad, la del actor, que ha decidido retirarse de los escenarios porque «ya no había nada más para interpretar» y que se prepara para recibir el reconocimiento a su trabajo, en una celebración que alguien organiza en su honor, pero que, finalmente, rechazará. Varios detalles del relato —como el hecho de que uno de los personajes le diga «¡llevas el peso del mundo!», que remite a uno de los títulos de la obra de Handke (*El peso del mundo*, ed. Laia)— hacen pensar en la empatía entre Handke y el actor.

En las horas que transcurren de la mañana hasta la tarde el actor da un largo paseo desde la casa donde ha dormido, en las afueras de una gran ciudad —que parece ser París sin que en ningún momento se

mencione el nombre, en dirección al centro, un paseo que hay que interpretar como una alegoría del recorrido del protagonista-Handke hacia su propio interior, desde los márgenes hacia su núcleo. Enfrascado en su pensamiento, el protagonista atraviesa bosque y claros y se cruza con varios personajes, reales o imaginarios: una prostituta, un indigente, un conocido de antes, un cura, un corredor matutino, el presidente del país (en alusión a Sarkozy, que le resulta despreciable), parejas, gente solitaria o apiñada: un grupo de adolescentes... Ellos van dirigiendo las cavilaciones del actor en una dirección determinada y despiertan en él sentimientos de agresividad o, al contrario, una imperiosa necesidad de ayudar. Una necesidad, sin embargo, que parece obedecer a un impulso inexplicable, que no remite a ninguna escala de valores. La voz narradora no es una voz omnisciente, sino que, en su empatía con el héroe, se plantea sus mismas dudas.

Como ya estamos acostumbrados con Handke, su capacidad de observación —de autoobservación— es altamente afinada, no se permite perspectiva, no se permite distancia, no deja ningún resquicio a la posible objetividad. Impera el sujeto y su percepción, la única: «en ese distrito intermedio, después de los solitarios venían los apiñados, arracimados aquí y allá, o tal vez sólo era su manera de percibirlo, el modo de verlo del actor». A través de sus pensamientos, y sólo a través de estos, conoceremos al sujeto-protagonista, valorador de la lentitud como herramienta sine qua non de la reflexión y dado a la ociosidad: «Si se encontraba corredores, ralentizaba aún más el paso» —resuenan ecos del romántico Eichendorff y su *Aus dem Leben eines Taugenichts* (*De la vida de un hombre errante* o bien *De la vida de un inútil*, «inútil» en el sentido kantiano del término)—. El nuestro es un actor que «había rehusado interpretar el Fausto [...], y ahora tampoco estaría dispuesto a gastar la saliva necesaria para interpretar la eterna hiperactividad de este personaje para redimirse». El personaje se caracteriza por su agudísima capacidad sensorial: percibe un rumor, una brisa suave, un ligero olor, cualquier pequeña alteración en el paisaje es un incentivo para la cavilación, que siempre remite y gira en torno a sí mismo. La desconfianza de Handke hacia el móvil ético de la actuación humana parece absoluta: a su héroe no le

conmueve el hambre que sufre la humanidad, ni las plagas o las guerras que asolan los países del sur. Y con esto parece participar de la tesis nietzscheana de *La genealogía de la moral*, parece querer desenmascarar la verdadera naturaleza humana y como hipócritas aquellos pretendidamente sensibles a la crueldad del mundo. Sin embargo, de este escepticismo contundente y acre lo salva la ironía de que a menudo hace gala el pensamiento del actor-Handke. Refiriéndose a las guerras dice: «Las grandes [guerras] tenían lugar, sin que se pudiera ver el final, para nosotros, los de aquí, los occidentales, en los países del tercer mundo; las pequeñas, sin embargo, las teníamos dentro de casa, [...]. No, en el respectivo país propio era el tiempo de la guerra de vecinos, [...]. Motivos para estas guerras: ninguno, ni el ruido, ni otra lengua, ni otra religión, ni otro color de piel, sino simplemente el hecho primordial de no poder sufrir el olor del otro».

La gran caída nos deja muchas preguntas abiertas, no es un libro placentero; hace trabajar al lector duramente: ¿a qué remite el título? Es una de las grandes incógnitas que plantea el texto y que queda sin resolver, el gran reto que empuja a Handke a seguir escribiendo y a nosotros a seguir leyendo.

ANNA ROSSELL

Max Blecher, en Berck

LITERATURA RUMANA / Blecher narrador

En esta sección presentamos, primero, un artículo de Alicia Rodríguez Sánchez sobre un libro de Max Blecher en su faceta narrativa, *La ciudad de los condenados y otros relatos*, traducido por Joaquín Garrigós; y, a continuación, una traducción por este mismo de un relato de Anton Holban.

Joaquín Garrigós Bueno ha colaborado en la configuración de la sección así como en anteriores números de *Ágora*, en especial el dedicado a la poesía de Max Blecher y otro dedicado a presentar los textos de Blecher escritos en el sanatorio de Berck: en estos enlaces podéis leer esos textos y el artículo de Garrigós Bueno "Para descubrir a Max Blecher":

https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2013/03/berck-de-max-blecher-en-traduccion-de.html

https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2013/11/cinco-microrelatos-de-max-blecher-en.html

LA VIDA ALEJADA DEL MUNDANAL RUIDO

Alicia Rodríguez Sánchez

Max Blecher
La ciudad de los condenados y otros relatos
Traducción de Joaquín Garrigós
Ed. Libros de Trapisonda, 2018, Valencia

Cuando cayó en mis manos el ejemplar de *La ciudad de los condenados y otros relatos* (publicado en la editorial Libros de Trapisonda) iba con la idea preconcebida de cómo podía ser que Max Blecher, en tan pocas líneas, pudiese ahondar tanto en la condición humana, y en la vida que nos envuelve, cual gusano en su crisálida a punto de metamorfosearse en una mariposa.

El lector ávido debería introducirse en el mundo de los relatos con la mente abierta y dispuesto a liberarse de los condicionantes que imperan en torno al surrealismo. En este sentido, me han llamado profusamente la atención siete relatos como son “Berck (la ciudad de

los condenados)", "Una ciudad horizontal", "Algo sobre el yeso", "Don Jazz", "La tahona de Ionita ", "Ix-Mix-Fix" e "Insinuaciones".

A lo largo de todo el libro queda patente el surrealismo (unido a la ironía y al humor negro), que provoca en el lector la risa tras la burla de ciertas imágenes que traen a la memoria momentos cómicos: *todo ese mundo tiene su asiento en un tren pequeño como de juguete con una locomotora que más bien parece un camello y que arranca despacio* (*p*. 34). Asimismo, concibe Berck como "la Meca de la tuberculosis ósea" como si se tratase de un lugar de peregrinación sagrado para los creyentes de las religiones del mundo antiguo, que actualmente es visitada por los practicantes de la religión musulmana.

Otro de los momentos que marcan ese carácter irónico es el que se relaciona con la descripción del conde en "Ix-Mix-Fix" donde el autor nos transporta al mundo de las tribus ancestrales con un personaje que simula ser el jefe de una de ellas: *El conde tenía pintadas de rojo las plantas de los pies (iba descalzo, aunque portaba con decoro unos pantalones de caza), en la cabeza llevaba un gorro con vistas del Brasil y en la mano una azucena negra, intimidante a más no poder* (*p*. 63).

Asimismo, en la descripción del panadero de la tahona aparece el surrealismo en estado puro al mencionar una breve descripción del mismo: *En el mentón tenía unos cuantos hilos rubios, tan escasos y delicados que parecían cultivados en un invernadero, al abrigo de la luz* (*p*. 55).

En la historia de la literatura apareció un género literario, como era el esperpento, que presentaba una deformación de la realidad cuyo objetivo era el de criticar la sociedad de antaño. Dicha distorsión la observamos en la muerte del personaje "Don Jazz": *la mano tejía un pensamiento horizontal que, por casualidad, ilustraba con una pistola. La bala salió, por lo tanto, de una sien hacia la otra de manera horizontal, encontró el pensamiento vertical y, en el cruce, don Jazz murió* (*p*. 46). La imagen de la pistola trae a mi memoria el suicidio de uno de los máximos exponentes del Romanticismo español, Mariano José de Larra, para el cual fue la única salida posible debido al pesimismo en el que se encontraba y a su honda depresión;

situación similar que pudo haber llevado a don Jazz a cometer dicho acto contra su persona.

Lo tétrico se encuentra unido con el mundo de los enfermos como si de un cortejo fúnebre se tratase: *Desde la carga de los enfermos en los carritos, que tanto se asemeja a la colocación de los ataúdes en los coches fúnebres* (*p*. 42) donde las fuerzas de la naturaleza se convierten en una suerte de plañideras que evocan el final del mundo en una visión apocalíptica: *el viento aúlla una melopea siniestra como un llamamiento de todos los condenados del mundo, como un conmovedor llanto universal* (*p*. 43).

El carácter pasajero de la fortuna o de la reputación humana, condenada a verse arrastrada por la muerte, se representa en el tópico literario *sic transiit gloria mundi* pero en este caso en una suerte de pesadilla cuando menciona la ciudad de Berck: *allí con infinitas precauciones, enfermeros y mozos de cuerda bajan de los vagones camillas con enfermos cadavéricos. Cojos con muletas y raquíticos que cuelgan desesperados del recio brazo de sus acompañantes* (*p*.33).

Dicha visión sobre la muerte, que se encuentra siempre ligada con otras relacionadas con las corrientes literarias vanguardistas como es el dadaísmo, aparece también en el artículo de la tahona cuando describe el sepelio del panadero: *el día de su entierro el cura mandó retirar la tapa del ataúd y la cara del muerto cuando le dio el sol se*

puso negra como un tizón. Lo taparon a toda prisa y lo sepultaron (*p*. 69). La imagen nos recuerda a la situación de velar un difunto en la cual la familia y allegados pasan las últimas horas con la persona querida para darle lo que se conoce como comúnmente el "último adiós".

Relacionado con el terror siempre encontramos la figura de la Parca, unida al ser humano como las dicotomías del cielo y el infierno o el blanco y el negro: *Él está viviendo en intimidad con la muerte. No con una muerte abstracta, nebulosa y a largo plazo. Es su muerte, concreta, precisa y determinada, a la que conoce en todos sus detalles, como si fuera un objeto* (*p*. 84). La vida y la muerte quedan unidas como dos entidades inseparables de la existencia humana.

Blecher concibe los lugares por los cuales transita como dignos de los mejores relatos de terror, razón por la cual alude a uno de los maestros universales de este tipo de cuentos, como es el autor norteamericano Edgar Allan Poe: *y extraño porque la palidez enfermiza de los comensales le hace a uno pensar en un relato alucinante de Edgar Allan Poe.*

La fantasía recorre también la obra, concretamente en el relato "Ix-Mix-Fix". Uno de los rasgos de este ensueño queda representado por medio de una de las corrientes vanguardistas como es el Dadaísmo, cuya máxima literaria consistía en presentarse como una sucesión de palabras, letras y sonidos a la que es difícil encontrarle lógica puesto que en su creación se van colocando una tras otra las palabras obtenidas de recortes de revistas. En este relato, podemos encontrarnos en un alimento consumido diariamente una obra literaria: *El pan se hacía con letras, no con harina. Cada pan contenía una novela completa de Zola. En la superficie de un bocado leí un episodio sobre una terrible catástrofe ferroviaria.* (*p*. 63).

La ironía se entiende como un alegato de queja relacionado con la *gutiera* ya que ésta puede ser conducida o bien por un caballo o bien por un ser humano del cual menciona que *por ese trabajo cobra 5 francos. Un hombre en Berck es más barato que un caballo y presta más o menos los mismos servicios (p*. 39) donde dicha burla queda unida con la denuncia a la sociedad por el trato que recibe el ser humano al ser comparado con un cuadrúpedo.

En el relato "Insinuaciones" trata al lector como un cómplice de sus argumentos los cuales concibe como frases de verdad absoluta: *Desde el punto de vista de las justificaciones, cometer un delito no se diferencia mucho de comprar un ramo de flores: detrás de ambos actos pueden amontonarse más o menos la misma cantidad de argumentos lógicos y humanos* (*p.* 77) o *La justicia es necesariamente ilógica e inhumana. Es decir, en resumidas cuentas, injusta;* concebidas dichas expresiones como verdades universales por gran parte de la población. La que más me ha llamado la atención de todas ellas ha sido: *Siempre hay alguien que, en medio de un silencio general, diga una estupidez en voz alta* (*p*. 78), momento que podemos extrapolar a situaciones como una separación de una pareja en la cual una persona pronuncia algo inoportuno.

Otro de los aspectos que marcan el sarcasmo es el momento en el cual habla del tren como si de una academia médica de prestigio se tratase: *Yo diría que en este trenecito se debate más de patología que en todas las Academias de Medicina juntas* (*p.*34).

Las metáforas quedan patentes en *El carrito avanza, gira, esquiva […] mientras sus manos tiran de las riendas a una y otra parte con los gestos del ciego que camina por en medio de sus propias tinieblas* (*p.* 35) mediante la cual compara el avance con el carro del enfermo, que no sabe dónde dirigirse, con la mirada de un invidente el cual a través de los sentidos que posee puede ver el mundo con otro tipo de connotaciones.

No debemos olvidar los matices autobiográficos en "Algo sobre el yeso" donde cuenta los tipos de sulfato que se pueden poner al enfermo y realiza una mención explícita a aquel que se encuentra cerrado de manera hermética en el que *Además del tormento de sentir el picor del yeso directamente en el cuerpo cuando el enfermo yace tres días en una especie de cenagal frío y agobiante, habrá de sufrir varios meses la tortura de no poder lavarse. Como fácilmente se comprenderá, en ese tiempo se forma sobre la piel una costra gruesa de suciedad que mortifica con un escozor y una quemazón infernales* (*p.*36).

La historia antigua queda patente en "Una ciudad horizontal" donde realiza una alusión al ágape romano al mencionar la manera en la que consumían los enfermos en los hoteles que *se asemeja a un festín*

romano en el que todos los convidados están tumbados (*p*. 38) pero con el hilo irónico que vertebra toda la obra.
Uno de los aspectos que más me ha llamado la atención ha sido la aparición de ciertos rasgos de la corriente filosófica del nihilismo, la cual niega todo principio político, religioso o social. Dicha negación abarca prácticamente todos los relatos en expresiones como *Todo está demasiado inmóvil y esta nada que nos rodea se esfuerza por abarcar la vida* (*p*. 70) en la cual la existencia no tiene ningún tipo de sentido.

Me gustaría terminar la valoración de la obra con la mención de "Con el corazón en la maleta", escrito por Sasa Pana, el poeta simbolista amigo del escritor que nos ocupa.
Gracias a su relato conocemos con algo más de detalle los quehaceres cotidianos de Blecher ya que tenía una "intensa" vida social puesto que *un nutrido correo lo ligaba diariamente la vida literaria e intelectual de Francia, Inglaterra y Rumanía* (*p*. 93).
A pesar de que estaba enfermo, nunca mostró queja alguna sobre la misma: *Jamás nuestra conversación giró sobre su enfermedad, sobre la terrible miseria fisiológica que se estaba purgando. Solo una vez se le humedecieron los ojos pensando que sus padres podían sentirse culpables de sus sufrimientos, culpables como autores de sus días, como los autores de actos castigados por las leyes.* Todo ello muestra una entereza tanto física como mental digna de una gran admiración de la cual deberíamos aprender todos aquellos que vivimos en el llamado "primer mundo", habitantes que nos sentimos en muchas ocasiones insatisfechos por la vida que llevamos, pero deberíamos dar las gracias por todo lo que hemos conseguido.
Sasa Pana concibe el sanatorio como un lugar de lamentos y quejidos continuos: *Berck, palabra puñal que desgarra tanto como los ayes de los más de mil condenados a vivir aprisionados con grilletes de yeso, que fueron sus compañeros allí, en la playa de las estatuas tumbadas* (*p*. 94). Dicha expresión trae a mi memoria los recuerdos de otra de las grandes obras de Blecher, *Corazones cicatrizados,* en la cual los enfermos se sienten prisioneros dentro de su propio cuerpo como si se tratase de una especie de castigo divino.
Su prosa se encuentra plagada de metáforas e ironías, que conducen al lector al mundo del surrealismo, donde la vis cómica predomina y

en la cual no deja a nadie indiferente. Ésta nos transporta a un mundo paralelo en la cual la ficción y la realidad se funden en una sola como una nueva vida que está a punto de comenzar.

Como mencionaba al principio del artículo, *La ciudad de los condenados y otros relatos,* debería ser leída sin ningún tipo de prejuicio, con la mente siempre abierta, como si un juego se tratase donde el lector se muestre partícipe de las imágenes que el autor nos muestra a lo largo de sus páginas; pensamientos que llevan al lector a una realidad paralela con el objetivo de olvidarnos de los problemas cotidianos que nos acechan y poder evocar otras realidades en las cuales el ser humano pueda ser feliz. Dicha reflexión final me evoca una de las estrofas más conocidas de la literatura española, *Oda a la vida retirada* escrita por fray Luis de León, que paso a citar a continuación:

¡Qué descansada vida
la del que huye del mundanal ruïdo,
y sigue la escondida
senda, por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!

Alicia Rodríguez Sánchez

LITERATURA RUMANA / CO-LECCIÓN ÁGORA. ANTON HOLBAN

Anton Holban (1902-1937) es un escritor rumano. Escribió novela, relato breve y teatro. En su obra aborda temas como el amor, la muerte y el conflicto insoluble entre el proyecto ideal de los deseos individuales y sus consecuencias reales. Este relato lo publicó en la revista *Viața românească* en 1933.

(Presentación, traducción y notas de **Joaquín Garrigós**)

Anton Holban

CONVERSACIONES CON UNA MUERTA

¡Y hoy, 22 de septiembre, a las seis de la tarde, fecha más importante para mí que la del comienzo de la guerra mundial, he llegado al cementerio!

Me dije: por la primera senda y luego doblar a la izquierda. Busquemos. El capitán V. Ionescu… El teniente Patriciu… El general Berariu. Entre los oficiales. Siempre igual, incluso después de muerta.

El año antes de separarnos, cuando se marchó a provincias, se pasaba el día con los oficiales. Por la calle principal, de arriba abajo, hablando de los chismes de la ciudad. El alférez Stroia, rubio y con patillas largas y pobladas, prototipo de un imbécil, era «tremendamente encantador» y «bailaba con mucha elegancia»… El alférez Radu era divertido y el teniente Crainic había pasado por un periodo de desamor y por eso despertaba simpatía. Y todos eran muy buenos.

En definitiva, ¿hasta dónde habrá llegado tu amistad con ellos? Y ahora lo mismo, en idéntico ambiente. Pero ahora has ascendido de grado, ya no eres la estudiante humilde y bohemia que conocí en otros tiempos. Estás en una velada, como una auténtica señora, con grados superiores…

No la encuentro. Ante cada tumba nueva me quedo petrificado, no me decido a mirar el nombre y continúo la búsqueda. Tal vez la sepultura de la cruz negra o aquella otra que tiene una cruz pequeña de madera. Reparto un poco la emoción que debo tener ante la tumba de Irina entre otras cien sepulturas indiferentes (si es que puede decirse que un muerto puede ser indiferente). Tiene que estar aquí, en este rincón, pero no la encuentro.

Quizá a un paso de mí… ¡Irina! ¡Contesta! Hazme una señal. Fui tu amor, es imposible que permanezcas indiferente y que yo me sienta aquí, a tu lado, como entre extraños. Creí en todos los fantasmas, hablé con los muertos, completamente convencido de que no se trataba de ninguna autosugestión, trepé por los rayos de la luna y viajé por las estrellas. Y a cada persona, por robusta que fuera su constitución y por convincentes que fueran sus teorías, la miré como a una aparición extraña que podía desvanecerse en cualquier momento. Y ahora, cerca de ti, ¡no recibo ninguna señal! Tuve tantas intuiciones, que lo adivinaba todo a distancia, y ahora no tengo la menor intuición del lugar donde estás. Irina, este es el último castigo al que me sometes. ¡Me siento tan humillado como si en vida te hubiese saludado y tú no me hubieses respondido al saludo!

Un hombre ha pasado por mi lado y me ha interrumpido el monólogo preguntándome lo que buscaba. Me ha dado vergüenza mi vacilación y se lo he dicho. Me ha señalado una sepultura con un monumento recién terminado y en el que aún no han escrito el nombre. ¡Conque es aquí! ¡Frente a frente! Un momento tan importante que llevo esperando tanto tiempo, desde que murió, e incluso más, desde que me dejó, que siempre he aplazado con temor y, sin embargo, ahora no lloro, no me doy cabezazos contra la pared ni me derrumbo. Aquí está mi amada, con la que viví cinco años de emociones en un vínculo tremendamente frenético, y consigo mantenerme en pie y no perder el control de mí mismo. No me atrevo a acercarme del todo, como nadie se atreve a acercarse a una cosa que es de otro. Creería ser un amante que entra por la ventana, mientras el marido no sabe nada, pero para ello sería menester el consentimiento de la mujer. ¡Qué dolor! Su muerte es todo lo que podía esperar para que Irina volviera a estar cerca de mí… O a la misma distancia de todos… Que siguiera siéndome fiel (¡una carroña!) y no me atormentaran los celos. Jamás pensé en una escena de amor entre nosotros, en una posesión y en todas sus convulsiones, pues sabía que pensar eso equivaldría necesariamente a imaginar sus infidelidades con toda precisión, que no acontecieron una única vez, para que uno se acostumbrase a ellas, sino que continuaron y, de no haber llegado la muerte, habrían seguido y me habrían torturado durante toda mi vida. Y ahora me complazco con estos pensamientos y, cuando enlazo a una mujer en la oscuridad, en medio de un espasmo, me engaño pensando que es Irina. La que puede tener mil nombres. Por ejemplo, ¡sacrilegio!

Ello demuestra mi incapacidad para poner límites precisos entre lo real y lo fantasmagórico. Desde que nos separamos, me he acostumbrado tanto a tener pactos con ella en el espacio, a imaginarla a la vez junto a mí y lejos, que su muerte, a la que no asistí, no pudo cambiar mucho su aspecto. Por más sorpresas que hubiese imaginado, estaba tan convencido de que jamás volvería a verla, en todo caso a abrazarla (única realidad que me interesaba), que siempre la consideré muerta. O quizás al revés, pues como no asistí a su último atavío, a cuando la metieron en el ataúd y en la tumba, no puedo creer que, delante de mí, si escarbara en la tierra, encontraría a mi amada (¿en qué forma?) y por eso me mantengo todavía tan calmado. Estaría

incomparablemente más impresionado si fuera al monasterio de Humor, donde durante dos semanas hicimos vida conyugal en un cuarto campesino, juntos por todas las sendas y bajo todos los árboles, que volverían a mi mente con la misma intensidad nada más verlos. Eso si, de tanto pensar en Humor, no experimento antes todas las sorpresas y sería tan dueño de mí allí como aquí. Es el pecado de la lucidez, que te hace ver antes todas las posibilidades de lo que te va a pasar, presente en todos los momentos graves, que te disipa toda espontaneidad psíquica. De modo que uno solo tiene emociones intensas en ocasiones poco frecuentes, cuando sufre una sorpresa inesperada o por algún motivo trivial (pues los importantes no los olvida y está todo el tiempo dándoles vueltas en la mente), como, por ejemplo, descubrir una postal con unas líneas sin importancia en las que no había pensado o una confitería mala donde comieron ambos unos dulces de apariencia apetitosa.

Pero en la tumba que tengo delante no reconozco en absoluto a Irina.

Ni siquiera su nombre está escrito en ella y no puedo darme cuenta de la importancia de las letras, pues juntas forman un nombre conocido, cómo representan a la persona y cómo un poco de la esencia de la persona se esparce en ellas. Además, la sepultura no se adecua a Irina; es una sepultura sobria, grande, oficial, con un monumento importante en el extremo, con flores colocadas con un estilo geométrico, como en los parterres de los parques públicos. Eso no va con la Irina que yo conocí, aunque es posible que sí se adapte a la Irina de cuando ya no estaba conmigo.

El empleado del cementerio me habla de ella como de una persona hecha y derecha, una «señora» de la que solo se puede hablar en serio, sin la ternura graciosa que uno tendría por una adolescente. ¿Cómo voy a entenderlo si esta sobria tumba pertenece a la chiquilla que siempre hacía escenas divertidas y a menudo sin lógica y que admitía cualquier improvisación a lo largo del día?… Esa chiquilla que, presurosa por llegar a la cita, se ponía la ropa que encontraba más a mano, a la que yo tuve en mis brazos, pequeña, dulce, pegada a mí, trémula, que me abrazaba con frenesí y, con los ojos cerrados, me ofrecía su boca.

Te han hecho una sepultura de lo más convencional (igual que en otro tiempo se preocupaban de que tuvieras una buena comida y, en el invierno, ropa de abrigo), gastaron lo que hizo falta, han puesto flores que se cambian en cuanto comienzan a marchitarse, te han hecho todos los oficios religiosos y visitas de rigor. Y seguirán haciéndolo igual un año, dos, tres… ¿Y dentro de cinco años? ¿Y de diez? ¿Y de cien? Dentro de cien años nadie sabrá de la existencia de los otros con quienes me traicionaste y tal vez algún enamorado, al leer mis lamentos y reconocer algunos rostros, se detenga ante tu sepultura y deje una flor. ¡Solo gracias a mí! Al que echaste e hiciste todo lo posible por apartarlo de tu vida y no volverlo a ver y que ahora ha venido a visitarte a hurtadillas, para que nadie lo vea, que mira con zozobra a la puerta del cementerio a fin de no verse sorprendido y que, si viera acercarse a alguien, echaría a correr como un ladrón.

¿Qué otras novedades podría contarte? (A pesar de que, ¡ay de mí!, no soy yo quien puede contarte las novedades que más te interesarían.) Que en los conciertos el programa es casi idéntico. En el teatro, solo obras irrelevantes. («¿Van elegantes las mujeres?», me preguntas.) El invierno se acerca y todas las calles están llenas de hojas amarillas que el viento disemina, mientras los árboles dirigen al cielo sus ramas vacías. Y, en todas partes, en las chozas y en los palacios, con el mismo frenesí, ¡la posesión es una realidad!

Siempre me ha dado vergüenza sentirme demasiado tranquilo. Apelo a todos los recuerdos impresionantes para sentirme más emocionado. Insisto en todo cuanto he perdido para poder entender mejor, a través de mí mismo.

Repito cien veces el pensamiento de que, en definitiva, delante mí, junto a Irina, yace enterrada mi juventud. Aquí, concentrado en unos cuantos metros cuadrados, está todo mi tiempo entre los veinte y los veinticinco años, todo lo que tuvo que ver con el amor, y a esa edad el amor desempeñaba un papel capital. Es difícil representar lo abstracto por lo concreto, ya que es difícil de imaginar que lo que se me ofrece a la vista tenga alguna relación conmigo. Tal vez porque el sepulcro lo haya pagado otro.

¡Conque tú estás muerta y yo sigo viviendo! Y hace unos pocos años estábamos el uno junto al otro, abrazados y hablando sin cesar

de cuestiones que nos parecían esenciales. Pese a que, en definitiva, solo queríamos saber una única cosa (la única importante para todos, en el momento en que ambos nos fundíamos en uno por amor, nos la callábamos, la sustituíamos por otras curiosidades pueriles): *¿Quién de los dos morirá antes?* Es imposible que, en el momento de una posesión, cuando ambos entregan todo su ser, en el momento más intenso de felicidad, no flote en el ambiente esa pregunta primordial.

Confieso que había empezado a acostumbrarme a tu ausencia y que un acontecimiento te trajo otra vez a mi lado. Fui a Suceava, por donde pasamos una vez de camino a Humor. Recordé sin mucha pena las calles que recorrimos juntos, las iglesias antiguas que observamos con tanto entusiasmo; subí hasta la Ciudadela y contemplé, como antaño, pero ahora solo, la perspectiva de Suceava hasta el río Prut. No me pasó nada excepcional. Al contrario, me sorprendía el entusiasmo que sentía en otros tiempos por las iglesias remozadas por los alemanes de una forma tan fea y estridente, con techados tan inexpresivos e incluso con la foto del emperador Francisco-José, como en la iglesia Mirăuţi[1]. Pero, al final de todo, en la iglesia de San Demetrio de Petru Rareş me invadió una inesperada emoción: junto a la puerta de entrada hay una inscripción sobre la cual se encuentran (algo rarísimo en el arte rumano) unos motivos italianos. La cabeza de uro[2] está rodeada por una corona de hojas sostenida en ambos lados por dos ángeles pequeñitos, graciosos, desnudos y regordetes. Irina y yo permanecimos largo rato extasiados ante esos detalles escultóricos, como lo estuvimos ante tantas otras cosas. Pero en esta ocasión, ante los angelitos (¿por qué precisamente allí?), me acometió un agudo dolor que, pese a los muchos meses transcurridos desde entonces, no me abandona (salvo de vez en cuando) e incluso cobra nuevas formas y, frente a ellos, intuí (y no se trata de una reconstrucción intelectual) el color de su rostro, el sonido de su voz, el calor de su cuerpo y la vida que de ella emanaba. Y desde entonces un pensamiento nuevo se me ha instalado en el cerebro y me persigue, aunque desde un punto de vista lógico podría ser que no tuviera razón. Uno se libra de la obsesión de una persona viva (la ve más mayor o vestida con falta de gusto, la oye y se acuerda de todas las trivialidades que decía; si habla con ella o incluso la besa o la posee de nuevo, se

convence de que esas penas eran exageradas). *¿Pero cómo se puede escapar a la obsesión de una muerta?*

Y no consigo ninguna explicación que ponga fin a mis preguntas. Tal vez, si supiera todo lo que le pasó a Irina, me calmaría. Pero hay mil detalles que estoy ávido de saber y sobre los que la sepultura de enfrente está muda… Incluso estando viva, Irina no me habría respondido ni yo habría podido estar seguro de si su respuesta era verdadera, por hábil que hubiese sido mi pregunta. En resumen, Irina fue una chica sencilla; yo podría mostrar ante ella muy a gusto todas las emociones que quisiera, podría quedarme observándola durante largo tiempo y ella no habría sentido nada. Sin embargo, a tantas preguntas yo no podría responder.

Imagínate, alguien me aseguró que, en el declive de nuestra relación, cuando nos veíamos poco y nos íbamos enfriando según pasaban los días, ¡tú tenías un amante! Quizá alguno de los oficiales con los que pasabas el rato y del que, al ver que era un tipo mediocre, ingenuo de mí, no supuse que podría ser un peligro y aceptaba tus explicaciones: «¡Es tan bueno!». ¿Qué habrá de verdad en todo esto, Irina? Tan sencilla y, no obstante, tan misteriosa… Y el colmo del ridículo es que tu amante era un alumno del séptimo curso del liceo. Cuando me enteré de eso, me entraron unos celos enormes. Y también me desesperé por haber sido objeto de una mentira tan ridícula. Y lo que me abruma es que *¡creo que sí es verdad!* Ahora estoy reconstruyendo una serie de cosas secundarias y al propio tiempo puedo imaginarme tu mentira. Ahora el estudiante se ha convertido en un joven sin aspecto de donjuán. Por mucha buena voluntad que tuvieras. Eso ocurrió al final en tu ciudad de provincias.

Hasta entonces, estuviste todo el tiempo junto a mí, estabas enamorada.

Se separó llorando como una loca. Luego, a pesar de que nos veíamos todas las semanas, yo notaba que cada vez era menos mía, siempre tenía muchas cosas que contar sobre la vida de allí, una serie de personas se habían vuelto importantes. Amigos nuevos que, cuando los vi, todos ellos me parecieron sospechosos, pero Irina los aguantaba, pues tenía miedo de quedarse sola.

En cierta ocasión, me la encontré con su amiga Mariana. Cuando la conocí, me pareció una persona sin nada de particular, un tanto vulgar, pero sin ser escandalosa, tal vez triste, pero alguien en quien confiaba me contó que era apática y superficial.

A Mariana le gustaban las conversaciones interminables sobre cosas mínimas y pasear con oficiales. Irina la consideraba «una excelente camarada», y ¿qué elogio puede ser ese cuando la camaradería transcurre entre gente mediocre? Quizá fuese la querida de alguno de ellos. Un conocido me contó una escena: había un teniente en la mesa de juego y Mariana no hacía más que llamarlo hasta que él, exaltado, le dijo: «¡Déjame en paz, que me estás aburriendo!». Y ella agachó la cabeza obediente y esperó a que él quisiera levantarse de la mesa. Seguramente, Mariana le diría a Irina que el alférez X tenía unos ojos muy bonitos, que el alférez Y bailaba de maravilla y que el alférez Z era tremendamente viril (cosa que después Irina me transmitió como observaciones suyas, de forma natural, como si la cosa careciese de importancia para ella).

También Mariana seguramente le enseñaría cuáles eran las exigencias de una mujer, los goces sutiles y, un buen día, le haría pasar un buen rato con la idea de que un chico del liceo se emocionaba cuando la veía e iba corriendo en bicicleta a hacerle pequeños recados. A esa fase asistí también yo. Había ido a visitarla y me lo señaló expresándose de forma graciosa: «¡Figúrate, ese chavalillo está que se derrite por mí!». No di importancia a sus palabras, a pesar de que ahora me parece ridículo lo que dijo. ¿Cómo se le pasaría por la cabeza semejante observación? Luego, bromearía con él y le contaría, riendo, la escena a Mariana… Seguidamente, pensaría con voluptuosidad en la lozanía de un chico de liceo. Llegaría a la conclusión de que, en definitiva, «no tiene importancia». Y cuando le surgiera la oportunidad y el estudiante tuviera más iniciativa, ella se entregaría a él. Le gustaría. Y las posesiones se volverían algo habitual. El chico empezaría a hablar más en serio y tú solamente puedes contestar en serio al hombre al que te entregas. Se disculparía con ella: «Es estudiante de liceo, pero muy maduro», a pesar de que todo había quedado en una simple aventura.

Y luego, explicarle al joven que no era virgen (tras la posesión, la pregunta la hace inmediatamente el hombre para hacer ver que está

celoso, a pesar de que, sobre todo en ese caso, era evidente que no podía estarlo, y para tener la posibilidad de reiniciar la conversación sobre temas escabrosos y azuzar otras sensualidades). Y entonces Irina le hablaría de mí, de que yo tenía la culpa del desastre que azotaba su alma. Esa sería la excusa para hacer lo que había hecho pues, como buena burguesa, tenía remordimientos, aunque seguiría estando desnuda junto al otro en tanto que él la abrazaría y acariciaría, a pesar de que la conversación pretendía ser espiritual, pero, en realidad, él actuaba movido por la voluptuosidad que le inspiraba la mujer bañada en lágrimas. Le hablaría de mí y, como yo había sido su amor durante años (lloró tantas veces con motivo de la más pequeña separación) y había sufrido al ver que yo era algo tan inseguro, la pena le roía todo su ser al ver que yo estaba preparado para prescindir de su amor en cualquier momento y, con la edad, al ser más consciente de que, en ningún caso, yo me casaría con ella, tal vez con una excusa, pero también desilusionada por los años pasados, lloraría en brazos del otro sin necesidad de fingir.

Pero eso solo fue al principio. Luego se volvió costumbre. Se entregó a él en todos los sofás y en el suelo, de todos los modos y maneras, ya no tuvo ningún empacho en esconder su desnudez ni en tomar precauciones; tenía sacudidas y temblores sin la menor vergüenza. Se ponía fuera de sí (incluso le gustaba mostrar que tenía temperamento para halagar a su pareja), dejaba que se le viera el deseo que la hacía estremecerse cuando el cuerpo desnudo se acercaba a ella. Y después, cuando estaba sola, reflexionaba o incluso podía decirle a Mariana en tono divertido, pues le daba vergüenza contarle la verdad —que encamarse con un chico del liceo era algo que podía tomarse en serio—, pero con la inmensa alegría de sentir todo su cuerpo colmado de satisfacción: «¡Tan pequeño, y ya menudo hombre!».

¡Irina! ¡Te odio! ¡No pareces haber muerto! ¡Quisiera castigarte para vengarme y estoy desesperado porque lo único que puedo hacer es aplastar unas flores de tu tumba! ¡Eso a ti te da igual, pero yo querría castigarte en la carne que me ha engañado!

La tierra está levantada, parece haber cobrado la forma de su cuerpo. Es asombroso pensar que, si escarbara, daría contigo, por muy poco que haya quedado de ti. ¡Qué necios somos! ¡En otros tiempos,

un hombre, por amor, se marchaba a las cruzadas y yo ni siquiera tengo valor para destrozar una flor de la sepultura!

Tantas flores… ¿Y nada de la esencia de tu ser ha llegado hasta ellas? Por mucho que revise los pétalos, ¿no encontraré nada que te recuerde? Y en su aroma, ¿nada del olor de tu cuerpo que tan bien conozco? Mucha tierra y, en el fondo, tú, transformándote en tierra. ¿Por qué no entierran a las personas desnudas y por qué ponen entre ellas y la tierra unas ropas ridículas, señal de todas las convenciones de los vivos, que nada tienen que ver con la preparación para la eternidad?

Si vivieras, me vengaría como nadie ha sabido vengarse todavía. Pero eso después… Primero, sin decir palabra, te apretaría entre mis brazos y jamás una cópula sería tan ardiente. ¡Te estrujaría y gritarías de dolor y de placer!

Ha empezado a llover. Cada vez más fuerte. Tengo la ropa húmeda y los zapatos rociados de gotas de barro. Noto cómo me cae el agua en la cabeza agachada y se me mete en el cuello. Y sigo con atención, segundo a segundo, con una inmensa alegría —último consuelo por mi impotencia ante la nada—, cómo una gota chorrea por detrás de la oreja derecha y se desliza lentamente por la mejilla; tengo terror a que se pare y se seque. Luego empieza otra vez y, arrastrando consigo una sensación de frío, llega a la boca, se queda allí un rato, da la sensación de hacerse más grande y cae —a pesar de la lluvia de alrededor, oigo el ruido— *allí*, pesada, justo en medio de la tumba…

Traducción del rumano por ***Joaquín Garrigós***

---

[1] La región de Bucovina perteneció al Imperio austro-húngaro hasta el final de la I Guerra Mundial, en que se integró en Rumanía. N. del T.

[2] La cabeza de uro es el símbolo de Moldavia, región a la que perteneció históricamente Bucovina hasta que pasó al Imperio austro-húngaro. N. del T.

CONVERSACIONES CON…

Presentamos en español la entrevista realizada por **Alba Diz Villanueva** y **Felix Nicolau** a **Joaquín Garrigós,** con motivo del Premio de Traducción Complutense 2019 recibido por el traductor oriolano. La entrevista fue publicada originalmente en la revista *România literară*, y es la primera vez que aparece en nuestro idioma.

Enlace para más información sobre el Premio de Traducción Complutense: https://filologia.ucm.es/premios-de-traduccion-2019

Momento de la entrega del Premio de Traducción Complutense a Joaquín Garrigós, por el vicedecano de la Facultad de Filología, José Manuel Lucía Mejías. Universidad Complutense de Madrid.

SOBRE LA TRADUCCIÓN. ENTREVISTA A JOAQUÍN GARRIGÓS

por ALBA DIZ VILLANUEVA Y FELIX NICOLAU

El traductor frente al canon y el mercado editorial

En la conferencia "Traducir la Literatura rumana: un universo de experiencias", que impartió el 10 de mayo de 2022 en la Facultad de Filología de la Universidad Complutense de Madrid,

antes de que le hicieran entrega del III Premio Complutense de Traducción José Gómez Hermosilla, hizo referencia a una mejora en el panorama de la traducción de la literatura rumana al español a mediados de la primera década del presente siglo.
¿Cómo cree que ha repercutido en el grado de conocimiento y en la percepción de la literatura rumana en España? ¿Es optimista de cara al futuro?
R.- Sí, evidentemente. Porque los títulos y autores publicados han aumentado de forma sensible y también las crónicas y reseñas en prensa.
Soy optimista si se sigue en la misma dirección; es decir, que el ICR (Instituto de Cultura Rumano) siga apoyando la publicación de títulos, presentaciones y la presencia de los autores rumanos en España, como ha venido haciendo hasta ahora.

Como usted dejó entrever en dicha conferencia, todavía queda mucho por hacer en el campo de la traducción de la literatura rumana al español. ¿Qué autores y/o qué textos rumanos en su opinión fundamentales no han sido todavía publicados en español?
R.- Todavía faltan algunos autores clásicos como, por ejemplo, Isac Peltz, del que no hay nada. A otros solo se les han publicado muy pocos títulos, como a Hortensia Papadat Bengescu, de quien solo hay *Concierto de música de Bach*. O de Rebreanu, del que solo se publicó *Ciuleandra.* Otro libro fundamental es el diario de Jeni Acterian, *Diario de una chica difícil de contentar,* que a mí me parece una obra maestra del género memorialístico. Otro texto imprescindible es el diario de Pericle Martinescu, *Siete años que valen por setenta*, fundamental para conocer lo que significó el comunismo en Rumania.

De entre lo que se ha traducido al español, ¿qué obras recomendaría a quien se quiera iniciar en la literatura rumana?
R.- De los autores clásicos, las dos novelas de Camil Petrescu, *El lecho de Procusto* y *Última noche de amor, primera noche de guerra*, y la novela autobiográfica de Max Blecher, *Corazones cicatrizados*.

En lo tocante a autores modernos, un libro imprescindible es *El libro de los susurros*, de Varujan Vosganian.
En cuanto a memorialística, sin la menor duda, el diario de Mihail Sebastian.

Considera que el teatro en traducción no es buscado por los editores. ¿Cuál sería la razón?
R.- Lo que me han dicho a mí los editores es que el teatro no se vende. Yo nunca he conseguido publicar nada. Por ej., quienes publicaron la prosa de Sebastian no quisieron publicar su obra dramática por ese motivo.

Desde su amplia experiencia, un consejo que les dio a los alumnos del Máster de Traducción e Interpretación de la Universidad Complutense fue que se unieran a una asociación de traductores literarios para realizar su labor en este ámbito en España y estar amparados. ¿Podría señalar algunos riesgos a los que están expuestos los traductores literarios?
R.- Es fundamental que un traductor conozca sus derechos y los exija. Por ej., he visto contratos con cláusulas abusivas e incluso ilegales. Un traductor literario tiene la condición de autor, como el escritor de un libro, según la legislación española. Muchos creen que entregan la traducción, reciben el pago y que luego el editor puede hacer lo que le venga en gana con su texto, y eso no es así. Afiliándose a una asociación de traductores cobrará conciencia de sus derechos y los exigirá.

También aconsejó a los jóvenes traductores literarios que conocieran el perfil y las preferencias de las editoriales para que sus traducciones fueran aceptadas. ¿Alguno de sus proyectos se ha visto frustrado por no encajar con las exigencias del mercado?
R.- Veamos. Una cosa es que algún título se haya vendido más o menos, eso nunca se sabe, y otra es que no encaje en el perfil de la editorial. Por ej., no tiene sentido presentar el proyecto de traducción de un ensayo a una editorial que solo publica ficción, pues esta rechazará el proyecto. O, si publica ficción, y solo edita autores anglosajones, por ejemplo. En mi caso, todos los títulos que he

publicado encajaban en el perfil de la editorial, aunque eso no significa que necesariamente tengan que venderse mucho. En las ventas influyen muchas cosas al margen de la calidad de la obra.

En Rumania y en todo el mundo, se discute que muchas obras literarias de valor real no destacan porque sus autores no están alineados con ciertas ideologías en boga, o porque no tienen posiciones importantes en la sociedad. ¿El traductor también tiene que ser una persona activa en la vida sociocultural? ¿Todavía puede darse el lujo de retirarse a una torre de marfil?
R.- Es muy cierto lo que dice de los autores, al menos aquí. Pero no creo que sea extensible a los traductores. En general, el traductor tiene poca visibilidad, ha sido alguien que quedaba siempre en la sombra. Desde hace muy poco tiempo, algunas editoriales, más bien pocas, ponen su nombre en la portada, como debe ser, era un personaje secundario, casi anónimo, cuyo nombre muy pocos lectores sabían. Por otro lado, y esto me parece muy importante, pocos viven de la traducción literaria, la alternan con otras profesiones. Y eso es porque, en mi criterio, el traductor literario no actúa principalmente por ganar dinero (algo muy legítimo), sino por vocación.

Usted afirmó en una entrevista que el Instituto Cultural Rumano retribuye a los traductores por encima de lo habitual en el mercado de la traducción. ¿Considera que por este motivo existe una feroz competencia entre los traductores de literatura rumana y que, implícitamente, la calidad de las traducciones es superior?
R.- Lo que dije es cierto, al menos en España. Sé que en otros países como Francia o Alemania las tarifas de la traducción literaria son muy superiores. Creo que el hecho de que haya más traductores habrá influido en la calidad de la traducción, porque la mayoría de ellos aprendieron el rumano en Rumania y vivieron allí durante años, pero no puedo decirlo con rotundidad pues no he verificado nunca traducciones ajenas. Desde luego, a mí eso, el hecho de que haya aumentado mucho el número de traductores, me parece muy positivo y estimula al traductor, aunque sea de modo inconsciente, a hacer las cosas lo mejor posible para no verse desplazado por otro.

El oriolano Joaquín Garrigós, entrevistado a raíz del Premio Complutense de Traducción

En torno a su labor como traductor: pasado, presente y futuro

¿La semejanza entre el rumano y el español es siempre una ventaja? ¿O preferiría a veces idiomas más diferentes?
Cuando traduce, ¿tiene en mente ciertos procedimientos de traducción, tal y como se conocen en la teoría de la traducción, o se guía por su propio instinto y formación filológica?
R.- Yo creo que la ventaja está a la hora de aprender el idioma. Evidentemente, requiere menos esfuerzo el aprendizaje si la lengua pertenece a la misma familia lingüística que el idioma materno de quien la aprende. Pero la ventaja acaba ahí. A la hora de traducir, eso no cuenta.
Nunca estudié teoría de la traducción, me limité a leer algún libro. Los estudios universitarios sobre traducción, en España, fueron posteriores, son relativamente recientes. Me guío por mi instinto y por mi formación filológica, tanto en el campo del español como del rumano. También por la práctica de la traducción durante el bachillerato y la carrera, generalmente de lenguas clásicas. Aunque mi

formación universitaria española fue de filología hispánica, cuando aprendí rumano compré en Rumania muchos libros de filología rumana y tuve un buen conocimiento del idioma tanto desde el punto de vista diacrónico como sincrónico y también seguí cursos presenciales en Bucarest sobre filología rumana.

¿Considera que la traducción es una segunda creación? ¿Tiene el traductor derecho a compensar parafraseando o eliminando lo que le parece irrelevante o estéticamente/ideológicamente insatisfactorio?

R.- Esta es una pregunta que motivaría escribir todo un ensayo sobre la traducción. Evidentemente, la traducción literaria es un acto de creación y así lo recoge la legislación europea. Ahora bien, entiendo que no tiene derecho a suprimir textos del autor o a incluir otros que el autor no haya escrito. No puede hacer de su capa un sayo con el texto del autor. El traductor tiene que conservar la equivalencia semántica y la equivalencia estilística, de modo que el lector de la lengua meta tenga la misma sensación que el lector en la lengua de partida.

Recuerdo que el hispanista rumano Mihai Cantuniari definía al traductor como s*u mejor lector. Quien emplea en una traducción al menos medio año de su vida para que tú, lector, te la zampes en tres días*. Y eso es cierto, ha de leerlo con intensidad y acercarse todo lo posible a la comprensión total. El profesor Valentín García Yebra, en su libro *Teoría y práctica de la traducción,* decía que la regla de oro para toda traducción era decir todo lo que dice el original, no decir nada que no diga y decirlo todo con la corrección y naturalidad que permita la lengua meta. Esa regla me la apliqué yo desde el primer momento.

Es usted un traductor apasionado por la expresividad del lenguaje y el estilo en general, aunque estas cualidades dificultan la vida del traductor. Desde este punto de vista, ¿cuál es la traducción que más satisfacción le ha dado?

R.- Sin duda, la de *El libro de los susurros,* de Varujan Vosganian. Fue una traducción difícil que me llevó diez meses de trabajo bastante duro. El libro presenta una multiplicidad de registros lingüísticos:

páginas documentales, otras que son un poema en prosa, estilo ensayístico, novelesco, coloquial con profusión de locuciones y frases hechas, etc., todo ello aderezado con un lenguaje de altísima calidad literaria preñado de metáforas y símbolos que obliga al traductor a poner en juego todos esos mismos resortes en su idioma a fin de que el lector español obtenga la misma impresión al leerlo que el lector rumano, lo cual lo lleva en ocasiones a tener que hacer verdadero encaje de bolillos con la lengua y retorcerla para extraer de ella sus máximas posibilidades expresivas.

El libro tuvo muchísimas crónicas, todas muy buenas, y en buen número de ellas se alabó el trabajo del traductor. Eso fue para mí motivo de una gran satisfacción, a lo que se une que se vendió muy bien; fue el libro que más se vendió de todos los que he traducido yo, y no solo en España, sino también en otros países como Argentina o Colombia. También mi traducción (que fue la primera que tuvo el libro) sirvió para que editores de otros países europeos que no sabían rumano, pero sí español, la leyeran y decidieran publicarlo en sus respectivos países. Realmente, eso compensó el tremendo esfuerzo de los diez meses.

¿Cuál es la traducción más difícil en la que ha trabajado? Una novela con lenguaje expresivo y color local, pero también con humor y muchas alusiones históricas, es *Muerte de un bailarín de tango*, de Stelian Tănase. ¿Qué fue lo más difícil de esta traducción?

R.- Efectivamente, fue dificilísima. Tănase utiliza un lenguaje muy particular, el lenguaje malsonante, barriobajero, lenguaje de germanía, etc., del que yo tenía bastantes carencias, pues este lenguaje nunca lo oía en mi entorno rumano, tampoco se escribía en la literatura y, además, entonces, tampoco había libros o diccionarios rumanos especializados en ese tipo de lenguaje y al que yo pudiera acudir para resolver dudas. Por otro lado, Tănase utilizaba dos tipos de lenguaje, uno actual, que usaba el narrador, quien se situaba en los momentos actuales, y otro en boca de los personajes, que se desenvolvían en los años cuarenta. Había que llevar mucho cuidado para no poner en boca de un personaje de la época una palabra o frase actual, entonces

desconocida, y viceversa. Baste decir que me compré dos diccionarios españoles de argot para poder hacer una traducción satisfactoria.

¿Por qué cree que fracasó su primera traducción, a saber, *Ciuleandra* de Liviu Rebreanu, un cuento policial imbuido de psicoanálisis, pero también de carácter distintivo rumano?

R.- No diría yo que la traducción fracasó. La editorial solicitó de un especialista en literatura rumana un informe de la traducción y de la obra. El especialista dijo que la traducción era correcta y *lingüísticamente exacta*. Pero la novela, a juicio del especialista, no tenía interés. Era un libro que se adscribía a la corriente literaria del naturalismo, algo que, en su opinión, ya resultaba anticuado entonces y desaconsejaba su publicación.

Lamentablemente, yo no estaba enconces afiliado a ninguna asociación y no conocía las reglas del juego. No hice un contrato previo y durante más de veinte años tuve la traducción guardada en el cajón hasta que en 2015 la publicó la editorial Xorki, de Madrid. En realidad, se imprimió en 1992 en Rumania por la entonces Fundación Cultural Rumana, y se vendieron ejemplares en la Exposición Universal de Sevilla, en el Pabellón rumano.

Mircea Eliade está copiosamente traducido al español. ¿Cómo eligió traducir el cuento *Señorita Cristina*, una escritura de misterio casi gótica, pero también por la cual Eliade fue acusado de indecencia?

R.- Primero, porque me gustó mucho cuando la leí. Sería en 1992. Y, en segundo lugar, porque coincidió con que el director norteamericano de cine Francis Ford Coppola estaba rodando una versión cinematográfica de la novela y eso le daría mucha publicidad. Cosa que influiría en los editores españoles para publicarla. En efecto, no me costó casi nada encontrar un buen editor. Fue la editorial Lumen, de Barcelona. Les envié también una copia de la edición francesa y a la editora, la escritora Esther Tusquets, le gustó muchísimo.

Según mis noticias, la película fue bastante mala y, además, no llegó a estrenarse en España.

Ha traducido a Max Blecher (*Acontecimientos en la irrealidad inmediata*), un autor marginado por el régimen comunista, que sin embargo influyó mucho en la literatura rumana de los años 2000, la posterior al derrumbe de la dictadura comunista. Blecher era un hombre enfermo, atrapado en el lecho del sufrimiento, pero que ha analizado sus sentimientos, padecimientos y deseos con lucidez y un lenguaje quirúrgico, con inteligencia y fantasía. ¿Cómo lo encontró y qué le pareció desafiante de esta traducción?

R.- Por suerte, he traducido toda la obra de Blecher al español. Novelas, poemas, aforismos y relatos breves. Aunque lo conocía de nombre, nunca había leído nada de él. Recuerdo que fue la crítica literaria rumana Simona Şora quien me indujo a leer su obra. Eso sería en los primeros años de este siglo, creo que en 2002 o 2003. Me quedé fascinado cuando lo leí. No ya porque fuera un buen escritor, que hiciera buenos libros, esos los hay en todas partes, en todas las lenguas, pero sí tenía ante mí a un escritor único, por los temas que abordaba y cómo los abordaba. Eso ya no abunda tanto. Lo que Blecher aporta como singular es su insólita visión del mundo, pues coloca lo anormal en el rango de la normalidad, pero sin por ello hacer una literatura lacrimógena ni de una lamentación continua. El contenido de sus novelas interesa por su significación existencial, no por lo documental.

¿Traducir textos no literarios, culturales, filosóficos o de divulgación, ofrece la misma satisfacción que traducir obras de ficción?

R.- A mí, sí. Sobre todo, en la memorialística. He traducido varios volúmenes importantísimos como el *Diario portugués* de Mircea Eliade o el de Mihail Sebastian, y yo diría que la satisfacción que me producían era incluso superior a muchas obras de ficción. O *El experimento Piteşti*, de Virgil Ierunca. Y ojalá lograse traducir los que le mencioné antes.

¿En qué proyecto(s) trabaja actualmente?

R.- En la presente convocatoria, el ICR ha subvencionado dos traducciones mías, a saber, una reedición de la novela *Maitreyi*, de

Mircea Eliade, y *La mujer de chocolate*, de Gib Mihăescu. Lamentablemente, no subvencionó otro libro que me gustaba mucho y que tenía contratado con una editorial, *La vida empieza un viernes*, de Ioana Pârvulescu. Espero poder hacerlo en un futuro próximo.

Fotografías de los coautores de la entrevista: los profesores Alba Diz Villanueva y Felix Nicolau.

Alba Diz Villanueva, profesora de la UCM, doctora en Estudios literarios

Felix Nicolau, filólogo y escritor rumano

TEXTOS MAGISTRALES

NOTAS DE UN DIARIO

José Luis Zerón Huguet

El poeta y autor de estas "nótulas", José Luis Zerón Huguet. *Fuente: Las nueve musas.com*

Durante mi adolescencia y primera juventud hice las primeras incursiones en el género diarístico, pero fue en 2008 cuando empecé un diario de manera sistemática. Decidí titularlo *A salto de mata* en homenaje al libro homónimo de Paul Auster y hasta ahora permanece inédito, excepto algunas entradas que publiqué esporádicamente, entre los años 2014 y 2015, en la desaparecida revista digital *La Galla Ciencia*. El temor a llegar a ser uno de esos ególatras que escriben un diario para contar cualquier cosa que se les ocurra es lo que me ha impedido dar a la luz más textos de

este *A salto de mata*, fruto de la obligada asiduidad y espero que también de la debida exigencia.

Entrego ahora a mi querido amigo Fulgencio una selección de entradas escritas en el cuaderno del año en curso. Como todo diario, el mío, es un verdadero cajón de sastre en el cual caben reflexiones sobre literatura, arte, política, ciencia..., reseñas breves, anotaciones personales, opiniones a vuela pluma, aforismos, etcétera. Para dotar de cierta homogeneidad a esta entrega he escogido en su mayor parte entradas reflexivas, casi todas ellas de contenido literario, evitando en lo posible los temas de actualidad y los asuntos privados. Espero que estas *nótulas* (Cristóbal Serra dixit) sean del agrado del lector de *Ágora*.

José Luis Zerón Huguet

Siempre he tenido como muy cierta esta frase del *Eclesiastés*: "Quien aumenta la sabiduría, aumenta el dolor". Pero en mi caso el dolor aumenta al saberme cada día más ignorante.

***

Al entrar en la azotea para tender la ropa ha empezado a sonar el canto insistente de un carbonero. Debía de estar muy cerca, quizá en la azotea contigua. El canto (*chi-chi-pan*) ha sonado ininterrumpidamente durante los diez minutos que hemos estado tendiendo, y allí se ha quedado cantando a este hermoso pajarillo de pecho amarillo y

espalda verde y azul, abundante en la huerta oriolana y que no rehúsa la presencia humana, ni teme al invierno. Ada se ha interesado por su canto. Le explico que se le conoce por el nombre de *chichipán* (así lo llamaba mi abuelo Juan), *machachín*, *cunchinchín* y *pinchichí*, todos nombres vernáculos onomatopéyicos que aluden al canto de este párido. También he oído decir que le llaman *pepecruz*.

***

Concibo la espiritualidad como lo femenino, lo griálico, el útero creador. La sacralidad inmanente de la vida y su energía voluptuosa. Mientras que identifico la religión con el poder de la espada (lo fálico) imponiendo la dictadura de lo sagrado sin sombras, el principio activo dominante del monoteísmo, la trascendencia escolástica, deshumanizada. Por eso me considero una persona espiritual y no religiosa.

***

La mirada es expansiva. El oído inmersivo.

***

Me entero de un hecho que honra profundamente a Hannah Arendt y demuestra su altísima estatura moral y su incontestable ecuanimidad. En 1949 Arendt permaneció seis meses en Alemania y durante ellos visitó numerosas ciudades y habló con sus habitantes. Al final reunió sus impresiones y escribió esto en defensa de Ernst Jünger en su célebre informe *The Aftermath of Nazi Rute. Report from Germany*, un lúcido ajuste de cuentas con Alemania y los alemanes que tuvo una repercusión y una difusión extraordinarias y que ayudó a que muchos alemanes reflexionarán sobre sus culpabilidades activas o pasivas durante la barbarie nazi. Sin embargo, la indignación no se impuso a la voz de la justicia y la filósofa judía defendió a Jünger, que estaba bajo sospecha de filonazismo a pesar de que su código del honor prusiano no casaba con las ideas nacionalsocialistas. Dijo Hannah Arendt lo siguiente: “los diarios de guerra de Ernst Jünger ofrecen tal vez la mejor y más honesta prueba de las tremendas dificultades que el individuo encuentra cuando quiere conservar intactos sus parámetros de verdad y moralidad en un mundo en el que la verdad y la moralidad han perdido toda su expresión visible".

A pesar de la innegable influencia de Jünger sobre ciertos miembros de la intelectualidad nazi, él mismo fue un activo antinazi desde el primer al último día del régimen y con ello demostró que el concepto, un poco pasado de moda, del honor, que en otro tiempo fue corriente en el cuerpo de oficiales prusianos, basta completamente para la resistencia individual”.

Son las palabras estremecedoras de una judía perseguida por los nazis que podría haber encontrado razones de sobra para haber condenado sin paliativos a un intelectual alemán reconocido mundialmente y admirado, sobre todo por los nazis. De esta manera habría desahogado su indignada frustración y su acto de venganza nos parecería justificado y comprensible. Pero la filósofa judía prefirió la justicia a la venganza, el optimismo reflexivo y lúcido al emotivo pesimismo de la sinrazón. De ahí la credibilidad que hoy le otorgamos

no solo al juicio de Arendt sobre Jünger, sino a la totalidad de su pensamiento.

***

Leo una magnífica entrevista de Alicia Guerrero Yeste con Carlos de Hita acerca del nuevo libro de este, *El sonido de la naturaleza*, que espero adquirir pronto porque estoy desando leerlo. Al Carlos de Hita, naturalista, ingeniero de sonido y escritor lo sigo con fidelidad en su blog y me deleitan tanto su prosa como sus paisajes sonoros.

La entrevista es muy enjundiosa y llena de sabiduría y lirismo. Me interesa, sobre todo cuando de Hita dice que no trata de hacer meras grabaciones del sonido de los animales, sino que pretende transmitir un mensaje mucho más sutil. "Yo quiero entender cómo hablan los paisajes: qué mensajes, qué conclusiones pueden obtenerse de la escucha atenta de un paisaje sonoro. Quién canta, cuántos hay, a qué hora lo hacen, quién estaba y ya no está, quién se ha incorporado a última hora, qué voces nuevas hay, qué ruidos estorban en el fondo, qué es lo que no se escucha en el fondo… El análisis de toda esa componente acústica te permite también entender qué es lo que te está 'diciendo' la naturaleza. A veces, ese mensaje es de alarma; otras, una petición de socorro y otras, una lánguida decadencia hacia la monocordia, hacia la pobreza sonora que es, de hecho, la pobreza ambiental. A eso es a lo que me refiero cuando digo 'entender los mensajes'. Cuando llevas ya unas cuantas décadas fijándote en algo, escuchando y analizando eso que escuchas, como en mi caso, también percibes tendencias y procesos y esto es lo que te permite sacar conclusiones. Es a esto en concreto a lo que me refería con esas palabras."

También me parece muy interesante cuando Carlos de Hita, respondiendo a una de las inteligentes preguntas de Alicia Guerrero, señala que "el lenguaje no está especialmente bien dotado para describir sonidos. Más allá de las onomatopeyas y palabras, como «tormenta», «trueno», «eco», «silencio» y muchos nombres de aves, apenas existen palabras estrictamente sonoras. Hablamos de un «sonido alto» o de un «sonido bajo» para significar «agudo» o «grave», «sordo» u «opaco». «Alto» y «bajo» son figuras visuales. Un sonido agudo es una figura geométrica, un sonido brillante es una imagen visual. Utilizamos muchas alegorías sonoras para hablar del sonido y yo exploto esa cualidad con un propósito concreto. Me gusta mucho hablar de la «imagen sonora», algo que es una especie de contradicción suprema pero que es de hecho lo que permanece en el cerebro cuando se escucha un sonido, más allá de la imagen visual".

Asimismo me llama la atención cuando dice que, aunque él es un naturalista, no trabaja con el sonido de los animales sino con la acústica del lugar: "Y en esa acústica intervienen muchos elementos: la distancia, la temperatura, la humedad, la vegetación…Elementos que modifican el sonido. Me interesa la reverberación, el eco: la manera en que el espacio modifica los sonidos y la manera en que los sonidos definen un espacio. El trueno es un buen ejemplo para entender esto: tras la imagen del rayo, todo lo demás es eco, reverberación, espacio, distancias, medidas. Cada retumbo del trueno es una irregularidad del terreno: una oquedad, una cueva, una repisa. Para hablar de espacios, de distancias, de volúmenes, el lenguaje que se refiere a lo visual es fundamental. El esfuerzo radica en conectar lo visual con lo sonoro, más allá de explicar que cuando canta un zorzal está marcando un territorio (aunque también me guste contarlo). En el primer capítulo del libro hablo del sonido de una cueva porque me parecía fundamental comenzar hablando de lo más básico: la reverberación y el eco".

Solo un poeta como lo es Carlos de Hita (aunque no escriba poesía, que yo sepa) podría decir que "durante la noche, la humedad y la baja temperatura hacen que las frecuencias agudas se propaguen mejor. El sonido de la noche brilla, literalmente. Es mucho más

brillante que el diurno. La voz de un ruiseñor, que canta las veinticuatro horas del día, suena mucho más potente y hermosa de noche, aunque cante lo mismo que durante las horas de luz".

Con gran acierto, la entrevistadora menciona la interconexión entre los sentidos (la sinestesia, añado yo), y destaca también el uso intencionado que hace el entrevistado de palabras procedentes de un campo semántico más conectado a lo visual para convertirlas en términos que alberguen significados sobre el sonido, "ese juego literario nos lleva más allá de cualquier literalidad y así, en la lectura, uno va comprendiendo cómo escuchar, o quizá mejor dicho el entendimiento de un sonido (y del sonido formado por diferentes sonidos), surge de una acción cohesionada del oído con otros sentidos".

Carlos de Hita responde que "Esa parte literaria del libro emerge de reflexiones sonoras". Y esa expresión (*reflexiones sonoras*) me interesa mucho y es la base también de muchos de mis poemas. De Hita añade que "el sentido del oído tiene una virtud muy importante, que comparte con el olfato y la memoria: la capacidad de evocar. Eso te permite moverte por donde tú quieras".

También me interesa mucho el estudio que ha dedicado Carlos de Hita a los sonidos onomatopéyicos de las aves. Habla de los verbos utilizados para designar la acción del canto de las aves y pone como ejemplo que "Hubo gente que supo llamar a la abubilla por el sonido que emitía, que sabía que un pájaro tan poco conocido como el archibebe dice «chibibí» o ponían un nombre a un sonido, llamándolo «crocitar» o «trisar», como hace la golondrina que en la parrafada que lanza al cantar de pronto dice, literalmente, «trs». Cuando la gente era capaz de escuchar eso y nombrarlo con tanta precisión es porque vivían en íntima relación con ese mundo. Si hoy día esos sonidos y esos lenguajes que nos han estado acompañando a lo largo de toda nuestra historia aparecen como un exotismo no es que hayamos dejado de escuchar, sino que escuchamos otras cosas. Tenemos infinitud de nombres y verbos para multitud de otras cosas, pero eso nos muestra cómo nos hemos ido alejando".

Cuando los dos interlocutores se refieren a los paisajes sonoros he recordado los tiempos de mi adolescencia cuando en compañía de mis amigos José María, Fernando y José Manuel (algunas veces se unían mis hermanos y algún que otro amigo) recorríamos la naturaleza, especialmente la finca La Caseta haciendo grabaciones al amanecer y al atardecer (con menor frecuencia por la mañana o al mediodía). Nuestro interés no estribaba tanto en la grabación de los sonidos de animales (cantos de pájaros, croar de ranas, ladridos de perros, etcétera), como en el conjunto de sonidos del lugar en el que se mezclaban los rumores lejanos (una amalgama de ruidos de motores, sirenas del tren, rezos de una ermita cercana, cuyo murmullo trascendía a través de unos altavoces, y otras peculiaridades sonoras). Tal constructo sonoro era como un concierto azaroso lleno de sugerentes y evocadores hallazgos. También grabábamos estos paisajes sonoros, aunque con menos frecuencia, en la ciudad e incluso en casa. Llenamos cientos de cintas hoy perdidas o inaudibles. En aquellos años de nuestra adolescencia en que amanecíamos al mundo de la creatividad nos fascinaba más el magnetófono que la cámara fotográfica o la de super 8.

***

"El corazón de la luz es negro". Frase *oximorónica* de un hermoso lirismo escrita por el filósofo Jacques Derrida en su ensayo *Violencia y metafísica. Sobre Enmanuel Lévinas*. La luz negra es una imagen reincidente en el filósofo francés que entronca con la estética de la luz (sus soles negros) en el Dionisio Pseudo Dionisio Areopagita, los textos de los alquimistas y muchas expresiones de los místicos como Abenarabi, Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, y hoy refrendada, como bien apunta Miguel Veyrat en su ensayo "La voz de los poetas ", por nuestros astrofísicos como verdad científica. Yo también comparto ese mismo vértigo "ante la duplicidad única de la luz", por decirlo también con palabras del amigo Veyrat. Ese arrebato prodigioso que supone la presencia de lo visible detrás de lo invisible, la realidad

latente que se esconde tras la fenoménica es lo que he buscado transmitir en muchos de mis poemas. La capacidad de ver donde otros no ven, de abismarme en el fuego oscuro, de trascender la opacidad. La metafísica de la luz. Ahí se encuentra, a mi juicio, la magia de la poesía, y quien a ella se consagra ha de convivir con fuego y apasionamiento a la vez que con incertidumbres, dudas, desasosiegos y búsquedas constantes. Ciegos y videntes desde la escasez y la plenitud. Vivir al ras una vida trascendida.

***

Tiene razón Jordi Doce cuando dice que los poetas actuales olvidan la imaginación cuando hablan de poesía.

Precisamente he leído hace poco en un ensayo sobre Gaston Bachelard que el filósofo francés, que tanta importancia concedió a la poesía, consideraba que los elementos de la naturaleza, tierra, agua, aire y fuego son las verdaderas hormonas de la imaginación.

***

Me levanto, como siempre, al amanecer. Hay dos grados, pero no siento el frío de ayer. El cielo está cubierto, aunque no parece que vaya a llover. En el este un carmín tiñe discretamente las nubes plomizas y algunos rayos de luz amarilla tratan de filtrase entre los resquicios de las nubes nacaradas. De repente me siento exaltado, con una leve euforia aniñada y me vienen a la memoria estas palabras leídas en los diarios de Chirbes: “Después de las nevadas y los fríos de los últimos días hoy ha amanecido un domingo soleado, luminoso, casi demagógico de tan seductor…” Con la salvedad de que hoy no es domingo sino jueves y el día es frío y lechoso. Es precisamente este

anomalía (la impresión de estar viviendo en otra ciudad invernal distinta a la de Orihuela) la que me produce un asombro auroral, como el que sentiría la especie humana naciente ante las revelaciones de la naturaleza. Aquellos primeros hombres de mirada escrutadora, impactados y sorprendidos por la fuerza de lo cotidiano y sus oscuridades y esplendores, ávidos de lejanías; aquellos hombres para los que el mundo con todos sus peligros y maravillas era puro onirismo. Esa facultad repentina para asombrase uno, para dar rienda suelta a los sentidos de manera anárquica, diletante y repentina, sin ataduras racionales, esa capacidad para captar una rapsodia de impresiones e imágenes nuevas donde solo hay una gris recurrencia, quizá sea lo que llamamos poesía.

***

Un ejemplo más de la terrible indiferencia que nos afecta, sobre todo a los ciudadanos de las grandes ciudades, ha sido la muerte la pasada madrugada del célebre fotógrafo René Robert congelado en las calles de París tras una caída. El artista suizo ha sido otra víctima de la anomia contemporánea. Con 84 años sufrió una caída que le hizo perder el conocimiento y permaneció nueve horas en la acera sin que nadie le prestara ayuda. Más de quinientos indigentes mueren cada año en las calles de Francia, pero nadie parece darle importancia a esta cifra porque se trata de outsiders, *clochards* a los que nadie quiere, pero la muerte por desamparo de René Robert ha conmovido al mundo porque se trataba de un artista mundialmente reconocido que retrató a las grandes estrellas del flamenco. Lo que ocurre es que los transeúntes que caminaban por la concurrida calle de París donde cayó Robert lo confundieron con sin techo y no llegaron a pensar que quien estaba tendido en la acera era un hombre célebre que había salido a dar su paseo nocturno habitual por su barrio parisiense, el de la Plaza de la República.

No se sabe si tropezó o le dio un mareo. Pero quedó tumbado en la acera, entre una tienda de vinos y una óptica. Paralizado y a la vista de los parisienses que volvían a sus casas a toda prisa de trabajar y de los paseantes. Nadie le prestó atención, nadie quiso involucrarse, no hubo ni siquiera un buen samaritano que lo asistiera. O sí.

A las seis de la madrugada alguien lo vio y llamó a los bomberos. Demasiado tarde. Habían pasado nueve horas desde la caída. Llegó la ambulancia. Cuando René Robert, ingresó en el hospital fue imposible reanimarlo. La causa de la muerte: una "hipotermia severa", según los bomberos. Es decir, murió de frío. La moraleja de lo ocurrido (si es que se podemos sacar alguna): es que fue un sin techo del barrio el buen samaritano, uno de esos hombres en los que nadie se fija. Él avisó a emergencias cuando encontró el cuerpo del fotógrafo.

***

Tal como esperaba, amanece el sábado lluvioso y menos frío. A las nueve el termómetro marca nueve grados centígrados y ha dejado de llover, si bien el cielo sigue plomizo. Por la pasarela veo caminar a un hombre encogido de frío. De repente me ha venido un recuerdo que había olvidado por completo. Tendría yo unos cinco o seis años y estaba haciendo primero o segundo de EGB en el desaparecido colegio San José de Calasanz de las Monserratinas. Era por la tarde, una tarde lluviosa y nos daba clase doña Amparo, una maestra benevolente de gafas grandes con lentes gruesas, pelo corto y rostro pecoso. No sé si vivirá todavía porque hará por lo menos dos años que no la veo por la calle. Siempre que me veía me saludaba con cariño y a veces me preguntaba por mi madre y por mis hijos. El caso es que en mi recuerdo yo estoy embobado ante uno de los libros de texto mirando un dibujo de un paisaje nevado. Hay un puente y por él pasa una pareja, un hombre y una mujer cogidos del brazo, bien abrigados. Fantaseo con la pareja, dónde vivirán, a qué se dedicarán, si tendrán

hijos, si serán felices, y al mismo tiempo siento una punzada muy adentro al sentir que yo estoy en el mundo y soy un intruso, y en ese adentro lloro de miedo, de soledad, de incertidumbre. No sé quién soy yo y qué se espera realmente de mí. Me atrae y sosiega la inclemencia de la ilustración del libro, pero a la vez me inquieta la intemperie de la realidad que estoy viviendo en los albores de mi vida.

Recuerdo la importancia de posar la mirada en el libro y el gesto (probablemente imaginado ahora mientras recuerdo) de desconcierto al vivir momentáneamente en dos niveles de realidad: el del dibujo y el del aula en la que me encuentro. La profesora me descubre absorto sin hacer caso a sus explicaciones y me frota la cabeza y me dice algo así como que le preste atención a ella y no al libro. Son unas palabras cariñosas, o al menos yo así lo recuerdo, sin embargo, casi me hacen llorar o gritar de espanto porque es como si la maestra me hubiera devuelto a la vulnerabilidad al arrancarme de mis ensoñaciones.

Esta mañana ese recuerdo regresa y es como una herida que se abre levemente dejando escapar un hilillo de sangre. Siento aflorar como un grito en mi interior, un grito mudo pero angustioso, un grito de supervivencia (no de derrota) que reprimo, que silencio. Solo estas palabras que escribo dejarán constancia de este instante pasajero, del dolor y la angustia de sobrevivirme. Vuelve a llover.

***

Estoy de acuerdo con los poetas que claman contra el exceso de vates domingueros escribiendo como churros, el abuso de la autoedición y el excedente de cupo de tecno-poetas vocingleros, así como la abundancia de antologías que a menudo son *tontologías* como la que elaboró Gerardo Diego, pero ninguno de estos poetas exigentes hace autocrítica, ninguno se cuestiona a sí mismo; todos se sienten tocados

por la excelencia y se creen imprescindibles. Los mediocres o simplemente poetastros son los otros, nunca ellos. Yo he admitido en muchas ocasiones que sigue asaltándome el síndrome del impostor y que a veces siento que formo parte de esa churrería poética que tanto detesto.

***

¿Qué es lo que queda de aquella fascinación juvenil que ejerció en mí el surrealismo? Poco, pero lo suficiente. Nada de la atracción por lo esotérico de aquel grupo de neorrománticos burgueses, de sus juegos y travesuras inanes, de sus ingenuidades patológicas, del gusto por el misterio y lo maravilloso que devino en un onirismo Kitsch, ni tampoco de los dogmas cuasi religiosos custodiados por el papa Breton, ni de la obsesión grupal de quienes defendían un individualismo a ultranza. Pero todavía me sigue atrayendo el interés del surrealismo por la *flânerie* y los sueños, sus investigaciones acerca del proceso de alquimia poética de la imagen y el poder de la imaginación para cantar la realidad superándola. Y, sobre todo, la concepción de la poesía como un poder emancipador que puede transformar el mundo. La poesía como acto de rebeldía supremo, como la gran convulsión que no es solo patrimonio de los poetas, sino de todos aquellos que saben entregarse a ella.

***

Me gustaría poder decir como María Zambrano en su ensayo sobre "Filosofía y poesía" que soy un poeta que no busca sino que encuentra, es decir que funda iluminado por una ambición profética y que mis

hallazgos serán recordados y cantados por la tribu. Pero, aunque me pese, mi creación poética es fruto más que de la inspiración (o llámenle como gusten al estado de gracia que te permite estar a la altura que marca Zambrano) de la insistente búsqueda poética, de la maceración, la reflexión y el crecimiento personal a base de esfuerzo. No hay hallazgos en mi poesía. Me temo que me he extraviado una y otra vez sin encontrar la ansiada iluminación poética, pero no podría nunca renunciar al hecho de la búsqueda poética en sí misma. Lo peor, y eso es lo que me hace ser pesimista respecto a al futuro de la poesía, es que los poetas jóvenes (y no tan jóvenes), salvo excepciones, ni buscan ni encuentran. Creen que la poesía es pura urgencia emocional y solo les obsesiona producir y publicar.

***

La escritura poética es pesadilla y conjuro.

***

Llevo días acordándome de mi padre, sobre todo de su voz y de su lenguaje, y concretamente me vienen a la mente de manera insistente dos palabras que él utilizaba muy a menudo y que a mí me llevó tiempo saber de dónde provenían, aunque entendiera su significado: *surrusco* y *enfliscar*. Resulta paradójico que siendo mi padre un hombre relativamente culto que sabía hablar bien en público y a tenor de sus cartas utilizaba un lenguaje rico y una sintaxis bien elaborada, empleara valencianismos que le venían por parte de su madre (mi

abuela Josefina que era natural de Valencia) y asimilara el habla de Orihuela en su extremo murciano: esto último podría ser influencia de "la chacha", pues esta entrañable mujer a la que yo quería como una tía-abuela, como era costumbre de la época, era mucho más que la sirvienta, y ejercía de segunda madre de los nueve hijos que tuvieron mis abuelos paternos. De hecho, vivía en la misma casa con ellos como un miembro más de la familia.

Yo sabía que mi padre quería decir viento frío que molesta cuando decía *surrusco*, pero hasta que me lo explicó el catedrático José Guillén cuando yo tendría unos veintitrés años, no supe que esta palabra es típica del habla de la Vega Baja y también se dice en Murcia. Me costó aún más saber de dónde provenía *enfliscar*. Mi padre utilizaba este vocablo cuando accidentalmente se ensuciaba la ropa comiendo o algo frágil, como un huevo, por ejemplo, se caía aplastándose (o *esclafándose*, como se dice en Orihuela) en el suelo. Me he *enfliscado*, esto está *enfliscado*, etcétera. Llegué a pensar que esta palabra provenía de enviscar: untar con liga u otra sustancia pegajosa las ramas de los árboles para cazar pájaros. Y tendría sentido, porque además esta práctica de caza era habitual en la vega Baja. Hasta la llegada de Internet no supe que *enfliscar* es un localismo murciano que significa ensuciarse: literalmente: cubrirse de mierda.

***

Hacia las dos de la tarde el cielo ha cobrado un asombroso color anaranjado, entre el oro y el mostaza. La atmósfera de la Tierra parecía la de Marte, en consonancia con los tiempos distópicos que estamos viviendo. La invasión de Ucrania ha reforzado el temor al apocalipsis y la idea de que la Historia se desliza aceleradamente hacia el vacío. Pero esta luz sobrenatural no está causada por ningún cataclismo, sino por un fenómeno poco frecuente, pero no insólito: una gran carga de

polvo en suspensión procedente del Sahara. Pese a conocer la causa, en casa estábamos todos fascinados reunidos en el balcón contemplando el fenómeno.

Durante la siesta me ha confortado el resplandor que se filtraba por los resquicios de la persiana formando carbúnculos de luz. Al levantarme el color anaranjado no había perdido intensidad y poco después se ha ido oscureciendo el cielo hasta alcanzar una tonalidad verde-gris, y poco después un gris pizarra.

A las siete y media he salido un rato y me he adentrado en el casco antiguo, desolado, oscuro, triste. Me he dado un pequeño homenaje haciendo una visita al Horno del Obispo donde he comprado varios dulces. Sensación de irrealidad propia de algunos de mis sueños.

Cuando llegaba a casa he pensado en el concepto de idiorritmia del escritor francés Jacques La Carriére, y eso es lo que yo necesito ahora mismo: recuperar mi ritmo propio, volver a encauzar mi vida para que siga fluyendo como hace unos meses, antes de sentirme extraviado. Esa fluencia es el fruto de la conjunción entre la *anachoresis* y la mundanidad.

***

Incluso en las obras menores o menos célebres de los grandes poetas se encuentran grandes tesoros. Hace unos días me dio por leer el *Romancero gitano*, y posteriormente *Poema del cante jondo*, del que apenas recordaba nada, pues lo leí hace muchos años en un viejo volumen de la biblioteca de mi padre. No son los dos libros que prefiero de la producción poética lorquiana, pero en esta ocasión he disfrutado de la prodigiosa simbología y la música hipnótica del poeta granadino, tan presente en estos dos libros que había leído con prejuicios. Entre los muchos versos que podría destacar me han

fascinado sobremanera estos tres de "Paisaje", perteneciente a *Poema del cante jondo*:

Los olivos
están cargados
de gritos.

Una muestra de la magia sintética y polisémica de la poesía. Tres versos que contienen todo un universo interpretativo. Con una imagen visionaria, Lorca nos habla de las aves que se refugian en un olivo y que gritan cantan o ululan, pero también esos gritos, y teniendo en cuenta el carácter sombrío del poema, podrían representar la inminencia de un desastre, la angustia de los jornaleros, los desclasados, los desdichados que pueblan el paisaje andaluz de 1921. Con qué maestría García Lorca recubre de misterio la cotidianeidad, ese universo de belleza y monstruosidad.

***

Lo que más angustia al ser humano en nuestro llamado Antropoceno es la inminencia de un futuro, que por muchas predicciones que se aventuren siempre será incierto, además de la angustia de sentir que el presente es ya pasado y futuro posible que no termina de llegar. Creo que urge la necesidad, y la buena poesía lo logra, de retener el instante, de disfrutar el presente y sus posibilidades sin olvidar el pasado sin idealizarlo instalándonos en la nostalgia. Tampoco hay que proyectar el pasado en el futuro ni hacer que nuestra idea de lo que ha de venir parta de nuestros miedos. No se trata de negar el pasado ni de desentendernos del futuro para cultivar el presente, sino de asumir la temporalidad y reconciliarnos con ella.

***

Me dice Sonia que le maravilló que en los años cincuenta Neruda escribiera una oda a una planta tan prosaica como la cebolla y que antes, en 1939, Miguel Hernández también escribiera uno de sus poemas más conocidos y estremecedores con la cebolla como protagonista. Yo añado otro ejemplo: antes (aunque no sabemos la fecha cierta de la composición), César Vallejo, en el soneto "Intensidad y altura", incluido en el libro *Poemas humanos*, riza el rizo de lo prosaico con estos dos versos en los que aparece el verbo encebollar en el soneto "Intensidad y altura" incluido en *Poemas humanos*:

Quiero escribir, pero me siento puma;

Quiero laurearme, pero me encebollo.

Solo a Vallejo le perdonamos una palabra semejante en un poema tan bello. Él tiene la magia de dotar de belleza a la expresión más fea y pedestre.

Y después de hablar con Sonia pienso: casi todos los alimentos tubérculos, de raíz bulbosa o bulbos tienen nombres feos o cuando menos grotescos. Creo que muy pocos hay que suenen *poéticos*.

***

Me entero con unas semanas de retraso que se ha fotografiado un grandioso agujero negro en el centro de nuestra galaxia llamado Sagitario A. Tenemos un monstruo en casa que la va devorando poco a poco, es decir si el agujero negro sigue avanzando podría llegar a engullir la galaxia entera convirtiéndola en un terrible pozo oscuro. Quizá no haya que esperar a que el sol se extinga y sea este monstruoso fenómeno el que acabe con nosotros devolviéndonos a la nada.

La gran pregunta que nos generan los agujeros negros (y por eso nos resultan tan misteriosos, pues su inimaginable existencia tiene que ver mucho con la metafísica y solo podríamos entender su funcionamiento interior a nivel cuántico) es adónde va a parar la materia que engullen. Hay teorías que dicen que podrían ser puertas a otros universos, o universos en sí mismos; y otros astrofísicos piensan que las galaxias irán siendo tragadas poco a poco por gigantescos agujeros negros hasta que el universo mismo se contraiga recuperando la antigua idea del universo cíclico. Esto negaría la existencia de la nada absoluta, pues siempre habría un universo primordial, aunque fuera increíblemente contraído y denso, lo cual fortalecería la famosa locución latina *ex nihilo nihil fit*. Hay científicos que hablan de estas cosas recurriendo al lenguaje poético, que en estos casos es muy socorrido; dicen que los agujeros negros de un universo anterior han dejado "cicatrices" en nuestro fondo cósmico de microondas.

En lo relativo a lo que había antes del Big Bang, los agujeros negros y otros enigmas cósmicos, me siento absolutamente desorientado e incluso aterrado. Me ocurre lo mismo (desde que era un niño he meditado sobre estas inefabilidades) que con el concepto de nada (¿cómo imaginarla, cómo crear alguna analogía que nos sirva de referencia, cómo describirla?) y de ese *deus absconditus* que tanta gente adora de manera intuitiva y en muchos casos temerosa. De la misma manera que pienso habitualmente de dónde surgió la materia que dio origen a ese minúsculo átomo densísimo que provocó la gran explosión universal, me pregunto de dónde surgió Dios, el cual se supone que creó esa materia inconcebible. Ya sé que son grandes preguntas existenciales que nos hemos hecho todos, pero en mi caso estos interrogantes me atormentan con frecuencia. Lo que me angustia realmente es que nunca lograré el sueño de conocer las respuestas (si es que existen respuestas), pero, por otra parte, es probable que me horrorizara saberlo todo. Porque muchas maravillas e incógnitas del universo están más cerca del infierno que del cielo.

***

Resulta cuando menos chocante la animadversión de Hans Magnus Enzensberger respecto a la poesía de Paul Celan y que, sin embargo, admire profundamente a César Vallejo y en especial *Trilce*. Yo siempre he visto analogías entre la poesía de Vallejo (sobre todo algunos poemas de los *Heraldos negros*, *Trilce* e incluso *Poemas humanos*) con la obra celaniana. Quizá el rechazo y la admiración que el autor alemán siente por uno y otro se deba al compromiso político del segundo más explícito, lo cual no quiere decir que no exista en la poesía del rumano. Pero el compromiso con el lenguaje de Celan es el mismo que manifiesta el poeta peruano a partir de *Trilce*, y creo que ambos están mucho más hermanados de lo que puede creer un lector poco atento. En el caso de Enzensberger, tal miopía se deba a que este no conoció idiomáticamente la poesía de Vallejo y solo entendió superficialmente a Celan.

***

Lo inefable no solo es cosa de personas religiosas, aunque haya sido monopolizado por esa entidad monoteísta a la que llamamos Dios. Creo que también es patrimonio de los creadores, y especialmente de los poetas, por eso no pocos encaramos el sentido de lo inefable y lo trascendente desde una visión agnóstica, (incluso atea) o cuando menos laica.

***

Hay algo que siempre me ha fascinado tanto como agobios me ha causado, y es el proceso de ajuste de miradas que supone el amor y que no siempre se consigue. Por mucho amor que uno sienta por su pareja (también ocurre con los hijos, los padres, los buenos amigos y cualquier otra persona a la que queramos sin que haya deseo erótico) cree estar siguiendo un camino paralelo al de la persona querida. La

supuesta simultaneidad, rara vez sucede. Unas veces uno no está a la altura del amor del otro o viceversa. Recuerdo estas palabras de Lacan: “Nunca me miras donde yo te veo”. Necesitamos que quien nos quiere nos vea y nos mire en profundidad y sea uno con nosotros, pero esta plenitud simultánea pocas veces ocurre. Hay algo que nos aparta, que nos impide la comunión amorosa absoluta, salvo en momentos ocasionales. Ese quizá sea el drama del amor y el origen de muchos conflictos de celos. Uno puede sentir en el ser querido una sublime compañía y a la vez un insalvable abismo. No es posible una fusión absoluta, solo en momentos de fugacidad, de explosiva felicidad pasajera. Debemos entender, pues, que lo bueno es que así sea, aunque nos cueste aceptarlo. Debemos asumir que el amor implica distancias e incertidumbres y así es como mejor funciona una relación: desde la paciencia y la capacidad de querer al otro sin obtener lo que realmente deseamos, o no todo. Como dicen estos versos de Clara Janés: “En el amor primero, / siempre la esperanza”. En un amor curtido sabemos que no siempre se cumplen las esperanzas. Bien mirado, si existiera una simultaneidad permanente y todos los deseos de uno hacia el otro se cumplieran, cualquier relación amorosa sería un desastre, pues el amor se convertiría (como a veces ocurre) en un acto de posesión y no de libertad. No hay nada más que ver cómo acaban las parejas que se exigen la imposible sincronización.

***

Ha crecido una telaraña entre dos barrotes de forja de la barandilla del balcón. No veo a la araña, pero al hacer vibrar la tela esta aparece inmediatamente descolgándose de un fino pero resistente hilo de seda. De la boca a la boca: la araña teje con su saliva una tela de muerte. Los incautos insectos que quedan atrapados en ella servirán de alimento a la tejedora. Leí hace poco, creo que fue en un texto de la poeta Chantal Maillard, que las arañas reabsorben las telarañas viejas y que con sus nutrientes elaboran seda nueva.

***

Creo que la poesía está afectada de pornografía y no hablo exactamente de un exceso de erotismo grueso (que también), sino de la tendencia del poeta a expresarlo todo, a mostrarlo todo, a confesarlo todo. Esta manía exhibicionista del poeta acompañada de una falta de fervor y de un chato descreimiento está apartado a la poesía del enigma reduciendo su capacidad polisémica y excepcional. Soy consciente del terreno movedizo que transita esta reflexión y me expongo a que quien me lea piense que hago apología del hermetismo y que trato es de encriptar la poesía. O que soy un atrasado que aún cree en verdades absolutas y en certezas trascendentes y ando enredado en metafísicas especulativas. Algún lector avezado podría responderme con este verso tan célebre de Juan Ramón Jiménez de *Animal de fondo*: "la transparencia, Dios, la transparencia" con el que poeta de Moguer solo anhelaba la luz de su dios deseado y deseante, que no es un dios inconcebible e inalcanzable, sino que se manifiesta a través de la naturaleza de manera omnipresente y omnisciente, siendo a la vez la materia y la esencia, lo objetivo y lo subjetivo, lo interior y exterior.

Nada que ver, pues, "la luminaria del clariver" juanramoniano con la transparencia que ahora esgrimen los poetas, cual políticos en campaña electoral, para demostrar que van de honrados, en su ejercicio de estriptis, que no hacen trampas al lector, que dicen la verdad sin ambages retóricos. Se refiere Juan Ramón a lo que sube de lo hondo y se muestra como iniciación hacia el origen de un mundo singular. A la transparencia se llega desde la experiencia diversa y paradójica del pensamiento y la percepción sensorial, desde lo eterno y lo inmanente

De acuerdo, entonces, que la poesía ve, pero ese acto de mirar, que es tanto un acto de inmersión y expansión más allá de las limitaciones que impone nuestra percepción visual, no es un monólogo, sino una polifonía. Se trata de una mirada abarcadora y transformadora (no una huida de la realidad), de una inmersión en lo que consideramos lo real verdadero, una apertura íntima a los límites

de la conciencia que nos permite un acceso fugaz a lo más hondo de lo que llamamos identidad. Cierto que la experiencia vital demuestra la imposibilidad de aprehender el mundo, pero la poesía nos acerca lo más posible a aquello que no podemos abarcar ensanchando nuestra autoconsciencia y afirmando que lo volitivo puede ser tan esclarecedor como lo racional. Pero los poetas en gran mayoría se han sumido en una suerte de rutina contemplativa y ya no entran con audacia en su interior, ni se asombran de lo que sucede en el mundo exterior; se han convertido en burócratas narcisistas de la percepción, en notarios exhaustivos y literales de la existencia del sujeto y de la sociedad. El lenguaje poético ya no es una lengua dentro de otra lengua, como dijo Valéry; ya no es un acto subversivo que nos permite ver y nombrar la realidad de una manera diferente y que, por tanto, exige iniciación. Creo que esta devaluación de lo poético coincide con la decisión del hombre contemporáneo de alejarse del mito, que es una forma de renunciar al enigma. La uniformidad global y el culto a la utilidad han provocado la destrucción del mito y por ende el empobrecimiento del tejido poético. El mito y la poesía crean la imagen del mundo, engrandecen nuestra conciencia e intensifican nuestro sistema perceptivo.

***

Me estremece hasta casi el llanto este verso del poeta francés Jean-Michel Maulpoix: “El grito que profieres no despertará a nadie”.

***

No creo que se pueda ser poeta si no se sabe mirar, si no se es capaz de asomarse al mundo observando desde el asombro no solo las cosas insólitas, sino las más cotidianas. Esa mirada poética nos deja absortos, pero no embobados, nos da lucidez al tiempo que nos permite soñar. La mirada del poeta vislumbra desde la perplejidad y la especularidad.

***

Las plantas son los *gourmets* más sutiles: se alimentan de luz.

JOSÉ LUIS ZERÓN HUGUET

Podéis leer su artículo "Cuasi una poética", en el número 10 de *Ágora* (vol. 3 impreso, *Anuario de Ágora 2021*), y en el blog de esta revista: https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2021/09/cuasi-una-poetica-por-jose-luis-zeron.html
También una muestra de sus poemas en el mismo lugar, y en este otro enlace: https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2021/09/cuatro-poemas-de-jose-luis-zeron-huguet.html

DIARIO DE LA CREACIÓN

PANORAMA DE LA POESÍA ACTUAL

GUERRA EN UCRANIA

Y OTROS POEMAS DE GUERRA

FULGENCIO MARTÍNEZ

el modo de dar una vez en el clavo es dar cien veces en la herradura.

Miguel de Unamuno

GUERRA EN UCRANIA

Un desaliento de fraguas,
un martillo sin brazo
caído en lo alto de la nada.
Un común sacrificio
de reses y de hombres, una guerra,
la más videorreportada,
que nadie ha terminado,
ni nadie ha comenzado
(si oímos a los verdugos).
Dios está muerto.

8 de mayo 2022

CIUDAD ARRASADA

(Mariúpol)

Cómo debe doler
el aire en la ciudad arrasada.
Camiones de estiércol
la abonan desde el alba a la noche.
Seres de fineza cierran las estrellas tras de ellos
y nadie les ve cuando resquebrajan y violan, y matan.
Los trozos del tiempo humano han ido esos
vendiendo a piezas, cada vez más pequeñas,
cada vez más inconscientes.
Nada huye de los muyahidines y de los cuervos.

ÚNICO CENTRO Y DOS DIRECCIONES

La herradura en el agua,
el agua en la frente
del filósofo asomado al agua,
su cabeza sobresale del puente
unos centímetros, luego se aleja
hacia otra ventana, y hacia otra.

Da el filósofo cien en la herradura,
el poeta una en el clavo.

CONÓCETE A TI MISMO

He conocido a alguien, pero no sé si soy yo.

A UN POETA

No cierres tu palabra a precio del presente.
Valora el intento del arte como herramienta que explora
lo ancho de la vida. No temas a los prejuicios si son tuyos,
ni a los deseos porque eres tú quien los condena y los absuelve.

Sé atrevido, y veraz, y honesto. La poesía es una plaza
muy dura de conquistar, requiere tiempo y dinamita,
también el abrazo sin malicia y la comprensión, a carta cabal,
de las perfecciones de otros mejores que tú.

No te midas por el ojo pequeño a ras de hierba,
sino por el diáfano horizonte respirando contento
de la mínima confianza que hayas encontrado en tu alma,
y seguro y cortés con los errores y dudas que mañana te acosen.

Despacio, como un agua que penetra la ceniza,
escribe con el corazón y con el gusto,
no olvides, por encima de todo, que eres músico
y un poco cantarín sobre la fronda del mundo.

18 de mayo 2022

NOCHE Y LIBRO

a Javier Lostalé

En un libro entré y dejé mi alma
con la jura de volver a por ella
cuando llegara la mañana,

leyendo aquel libro y habitando
aquel libro que aún
nadie había tenido en sus manos,

confundí días con noches en vela,
pasó mi nacimiento,
y mi vida, y mi muerte.

Era tanto el gozo de descubrir
que sigo ante él con los ojos abiertos
y ningún deseo de volver en mí.

La tierra es ancha y da vueltas, da vueltas…
Que hay libros que te roban el alma
lo sé ya bien: *yo* soy mi biblioteca.

RELATOS

Muelle de la Curra. Cartagena (España). *Fuente: Omeka.net*

EL MUELLE DE LA CURRA

(Capítulo 1º de la novela *Cónsul de sangre*)

LUIS ANDRÉS-VÁZQUEZ

NOTA DEL AUTOR

Publica Ágora, como relato corto, el primer capítulo de mi segunda novela, todavía cociéndose en el horno, que llevará por título *Cónsul de sangre*, en la que el protagonista narra su marcha a hacer las Américas a muy temprana edad, el duro trabajo en una hacienda tabaquera, su participación en batallas decisivas de la Guerra de Cuba, la posterior experiencia estadounidense y el final regreso a España para intervenir en su madurez en el llamado Desastre de Annual. Un hombre normal que, por caprichos del destino, se ve envuelto en dos episodios bélicos a los que trata desesperadamente de adaptarse y que marcaron para siempre la historia de su país.

Este primer capítulo lleva por título El muelle de La Curra, muelle de atraque de los pesqueros de bajura del puerto de Cartagena, adonde llega una mañana el cadáver de su padre, marinero a bordo del "Florentina".

EL MUELLE DE LA CURRA

El muelle de La Curra (Puerto de Cartagena). Fuente: Omeka.net

Fue muy duro ver a padre convertido en un bulto inmóvil sobre el muelle de La Curra, tapado con la vieja lona verdosa del barco, en la que todavía brillaban algunas escamas de pesqueras anteriores, como pequeños luceros que le daban la bienvenida a no se sabía dónde y con los compañeros a su alrededor, silenciosos y abatidos.

Aquella noche de un frío y húmedo día de enero de 1896 no había embarcado yo en el "Florentina"; padre no me lo permitió por arrastrar una tos perruna y persistente desde hacía días y tener la garganta hecha un ascua. Fue tío Cosme quien me acompañó luego para hacernos cargo de su cuerpo, una vez que terminó don Secundino el forense su trabajo en el depósito, que estaba por entonces en aquel viejo caserón, detrás de los juzgados.

Fue cosa de un descuido, según dijo Lucas, el patrón de la embarcación, que había salido una noche más a la busca del pajel, la dorada y lo que cayera. Al echar al agua el largo trasmallo a padre se le enganchó un pie en una de las tres redes, que lo arrastró violentamente al agua, golpeándole con fuerza la cabeza en el duro canto de la amura de babor. Nadie sabía si murió del golpe o ahogado por caer al agua sin sentido, eso lo determinaría el forense, aunque en el fondo iba a dar lo mismo. Dos compañeros se tiraron a por él rápidamente, pero la negrura de la noche sin luna y el peso de un hombretón tan grande no les ayudaron a sacarlo a tiempo. Cuando lo consiguieron, ya no había nada que hacer.

Las caras de todos los del barco reflejaban el drama, el dolor por la pérdida del compañero y la preocupación por mi futuro. Todos me conocían de sobra porque desde los doce años, cuando murió mi madre, había embarcado para trabajar como aprendiz. El hecho de que ahora perdiera mi único apoyo les obligaba a preguntarse quién se haría cargo de mí. Que yo fuera del tipo grandullón de mi padre y que aparentara algo más de los dieciséis que en ese momento tenía no les consolaba.

Tío Cosme no me retiraba su mano del hombro, como queriéndome proteger de la desgracia ya inevitable y su hija, mi prima Clara, algo menor que yo, no soltaba mi mano ni para secarse las lágrimas que en su silencio no podía contener. De vez en cuando se las limpiaba con la manga del otro brazo, en un gesto inconsciente, copiado de su padre.

Velamos el cadáver en casa de los tíos durante lo poco que quedaba de madrugada y todo el día que empezaba. Aún recuerdo el olor intenso y dulzón de las cuatro velas con chorretes de cera sobre viejas botellas que rodeaban el pobre ataúd pagado por la cofradía de pescadores cartagenera y el aroma del café de puchero con anís que salía de la cocina y se propagaba por toda la pequeña vivienda. Las amigas de Mamá Tonia, mi tía, hacían de entregadas plañideras y la tristeza de Clara, que no podía mirarme sin echarse a llorar, era la nota que ponía el contrapunto a tanta vieja enlutada.

El traslado al cementerio de Los Remedios, hasta el sencillo nicho que también sufragó la cofradía, fue largo y laborioso a hombros de pescadores amigos y con mi tío Cosme y conmigo, los hombres de

la familia, siguiendo el doliente cortejo. Enterrar a un hombre que apenas había cumplido los cuarenta y que dejaba a su único "icue" en la más completa orfandad era algo que enternecía al más curtido de los marineros. De vuelta a la pobre casa de planta baja en el barrio marinero de Santa Lucía, tío Cosme me dejó bien claro que en su familia iba a ser bien recibido:

–No estás solo, Leandro. Tu madre era prima hermana mía y nos queríamos de verdad. Tu padre era un buen hombre que supo sobrellevar su viudedad con entereza y enseñarte algo de las artes de la mar, pese a tu juventud. Cuenta con que tu sitio a partir de ahora está en esta casa. Ya sabes que somos tan pobres como lo habéis sido vosotros, así que no te pilla de nuevas, hijo. Dormirás en el cuarto con tus primos Isidoro y Pencho, mientras que Clara y Toñica duermen en el otro, por ser zagalas. De lo que comamos, comerás tú también y todo lo que hay en esta casa es tan tuyo como de mis hijos. Hablaré con Lucas el patrón para ver si te coloca de fijo en el barco, aunque solo sea para poner los anzuelos y la carnada, y así nos ayudas un poco a salir adelante con una boca más a la mesa, mientras te vas haciendo con un oficio que ha sido siempre el de tu padre y el mío que te permita, dentro de unos años, vivir por tu cuenta y formar tu propia familia si te viene en gana.

Recuerdo todavía con un dolor desgarrador aquellos días. Cuando mis primos no me veían me hartaba de llorar sobre la almohada de mi camastro, sintiéndome en la más absoluta soledad pese al apoyo de mi tío y a la dedicación de Mamá Tonia, que procuraba que sus hijos no me dejaran solo en ningún momento, encargo del que se ocupaba especialmente Clara, siempre pendiente de mí y con su perra Perlilla, una pequeña ratonera de sangre más que mezclada y, tal vez por ello, muy lista, siguiéndola a todas partes y pareciendo compartir su tristeza.

A tan temprana edad comprendí por primera vez lo que era la amargura de la soledad, el desamparo y la desolación, la pérdida de la compañía y, sobre todo, de la protección y del amor que te aportan los que más desinteresadamente me lo habían dado todo. Sentía como si un grueso nudo de maroma bajase de la garganta y se asentara

deshilachado en el estómago, con toda su ardiente y desgarradora sequedad.

Yo no acababa de entenderlo, algo se rebelaba en mi interior, porque pensaba que no era justo. No había hecho nada malo para perder a madre primero y luego a padre, mi último refugio, mi consuelo en la primera y dura orfandad, mi apoyo para iniciar el camino tan difícil de los que solo tienen lo justo para vivir. Intuía que llorar no servía para nada, pero no tenía fuerzas para otra cosa, no comprendía entonces que, lo quieras o no, el tiempo habría de ayudarme a olvidar y salir adelante, que la rabia y la necesidad pueden ser buenas maestras si te sabes sobreponer y comprendes que, al final, uno está solo en la lucha por sobrevivir. Y así aprendí con obligada resignación que cuando te quedas solo a edad tan temprana, o maduras de golpe y porrazo sacando fuerzas de flaqueza, o permaneces durante años como una criatura indefensa y dependiente de la ayuda que otros te quieran prestar. Yo decidí optar por lo primero.

Afortunadamente, el patrón Lucas estuvo a la altura y cuando mi tío fue a verle, le tranquilizó al instante.

–No digas nada, Cosme, ya sé a lo que vienes. Dile a tu sobrino que venga cuando quiera, que en el barco siempre habrá un lugar para él. Como el chico es grande y fuerte y ya hace cuatro años que lleva de aprendiz, ocupará el puesto de marinero que tenía su padre, aunque tendré que pagarle algo menos, espero que lo comprendas, los tiempos no están para alegrías.

–Gracias, patrón, el zagal es noble y voluntarioso, no le defraudará, se lo aseguro.

Tan solo dos días después, para no dejar que la “pesambre” hiciera carnaza de mi ánimo maltrecho, pasé con el patrón por la cofradía para darme de alta y me incorporé a la faena del pesquero.

Había que ver las caras de los hombres faenando en el barco. Hacían lo posible para que no les viera aquellas expresiones de compasión y tristeza cada vez que me miraban. Probablemente pensaban en que a ellos les podía haber pasado lo que a mi padre y se preguntaban qué sería entonces de sus familias. Vivir de la mar era muy duro, los tiempos no eran buenos y la pesca no era suficiente en muchas ocasiones para pagar salarios medio dignos con los que sacar adelante a la mujer y los hijos.

Así pasé casi un mes. Salíamos al oscurecer, unas veces hacia Cabo de Palos, otras hacia Cabo Cope, otras mar adentro en busca de lo que cayera, mientras el trabajo a bordo era un continuo moverte de un lado para otro, preparando las redes, los anzuelos, la carnada, las boyas, limpiando por aquí o por allá, haciendo recados para todos: que si dame agua, chaval, que si líame un cigarro, que si baldea la cubierta a proa que no se resbale nadie con la grasa de las sardinas, etc. La vuelta a casa, de amanecida, era para bajar las cajas con la pesquera al pie de la cofradía, que se encargaba de llevarlas a la lonja con el patrón, el último que se iba a su casa. Había que dejar las redes preparadas para la tarde, limpiarlo todo, recoger la pequeña cocina, tirar la basura y marchar a dormir junto con el tío hasta su casa donde siempre, sin fallar un solo día, esperaban a la puerta Mamá Tonia y Clara, mientras los demás primos seguían durmiendo.

Paco Morales, uno de los marineros del pesquero, un solterón algo mayor, bastante putero según los demás en el barco, simpático y fuerte, que siempre estaba presumiendo de lo bien que se le daban las mujeres y de tener un "mandoble" más gordo y duro que el noray del puerto donde amarrábamos, se me dirigió una noche mientras esperábamos que entraran los jureles en la red y me dijo:

–Mira, chaval, esto no es lo tuyo, qué quieres que te diga. Te veo poner buena voluntad y tratar de ganarte el jornal, pero me parece a mí que ni te gusta este trabajo ni te va demasiado. Yo de ti me lo pensaría, que eres muy joven y todavía puedes elegir.

–Ya, Morales, pero a dónde quiere que vaya. De estudios tengo los justos, lo que te enseñan en el colegio, leer, escribir y las cuatro reglas. No sé de carpintería, no he trabajado en ninguna herrería, ni en el campo, ni siquiera en un mercado, solo lo que me enseñó mi padre las veces que me ha traído a la pesca para que no me quedara solo en casa o en la de los tíos.

–Entiendo, pero no me gusta verte con esa cara que se te ha quedado desde lo de aquella noche. Ya habrás visto lo mal que lo pasan los compañeros cada vez que te miran. Les recuerdas mucho a tu padre y les pesa la situación en que has quedado, pese a la acogida de tu tío, que hace lo que puede dentro de sus estrecheces. Yo no soy nadie para aconsejarte, pero si fuera un mocetón como tú y volviera a empezar, lo tendría claro. Pondría tierra por medio y me largaba a las

Antillas, allí sí que hay buenas oportunidades todavía, a pesar del follón que están dando los guerrilleros independentistas desde hace tiempo en Cuba. Si te animas dímelo. Precisamente ayer, el sobrecargo del vapor Santo Domingo, de la Compañía Trasatlántica, un tal don Gil López, andaba por la cofradía diciendo que necesitaba un grumete para el barco que sale mañana mismo para Cuba con soldados de reemplazo y carga importante. Por lo visto el que tenían se ha roto una pierna y ha quedado en Cartagena en el hospital de Marina, llorando a moco tendido el pobre chaval, más que por la pierna rota, por perder la travesía y el empleo, un empleo que te vendría a ti como pedrada en ojo de boticario y te permitiría llegar a la isla para empezar una nueva vida. Los hacendados de allí necesitan españoles que les ayuden a manejar a los braceros en el cultivo de la caña de azúcar o en las fábricas de tabaco, y pagan generosamente. Sí que es verdad que todavía eres un chaval, pero con lo estirado que estás y lo fuerte que te has vuelto faenando aquí pareces mayor y seguro que encontrabas un buen trabajo para escapar de esta vida de escasez, la única que conoció tu pobre padre.

–No sé, Morales. ¿Usted cree que yo serviría para trabajar en esas tierras?

–No te quepa la menor duda. Los españoles de aquellas islas, o sus descendientes, son los propietarios de las mayores haciendas de café, de tabaco y de caña de azúcar, que allí llaman ingenios, y prefieren colocar a compatriotas españoles en los puestos más importantes, no se fían mucho de los nativos y de sus peones, la mayoría de ellos antiguos esclavos, por el asunto de la independencia. El que seas todavía tan joven es más una ventaja que un inconveniente porque así supondrán, y supondrán bien, que no te han maleado el carácter con ideas contra el patrón que te da el empleo. Lo que es en tu caso yo no lo dudaba, te harías con unos buenos ahorros en unos años, como otros muchos indianos que luego regresan con el bolsillo y la talega bien llenos. Y luego está lo de la aventura, eso no se paga con nada. Qué lástima no tener yo tu edad, no esperaba a mañana para embarcarme, te lo juro.

–Tal vez tenga razón – le respondí. Dejaría de ser una carga para mi tío Cosme, aunque no sé yo si estaría más preocupado sabiéndome tan lejos y sin poder echarme una mano.

–Hijo, nunca sabemos lo que nos traerá la vida, pero, tarde o temprano, tendrás que vivir la tuya sin depender de tu tío ni de nadie. Piénsatelo, puede ser una oportunidad única. Si Lucas el patrón habla bien de ti en la cofradía, no sería difícil que te dieran el puesto en el barco. Además, parten mañana como te he dicho y no tienen tiempo para ir buscando por ahí un mirlo blanco para ese puesto, que tampoco es que sea una bicoca, aunque sí un primer paso para ti. Vas a sudar el empleo, pero es un empleo y te llevará a Cuba, donde seguro que encuentras algo en poco tiempo.

Toda la noche, mientras ayudaba con las redes y demás faenas que me encargaban en el barco, estuve dándole vueltas al asunto y a primera hora de la mañana, cuando nos dirigíamos a puerto, había tomado la decisión. Me iba, quería empezar una nueva vida, lejos de todo lo que hasta ahora había conocido, de la tristeza, de la soledad y los recuerdos dolorosos. Además, otros habían vuelto y yo podría hacerlo si me iba mal, en el peor de los casos.

Como era de esperar, Mamá Tonia puso el grito en el cielo.

–¿Pero a ti qué se te ha perdido en Cuba, muchacho? Si la mitad de los que vuelven o lo hacen con un brazo de menos o sin una pierna o atacados de las fiebres que son ya para toda su vida… Anda, anda, déjate de historias y tú a lo tuyo, que hoy es de marinero en el "Florentina" y el día de mañana quién sabe, a lo mejor acabas de patrón en otro barco mejor que ese.

–Mamá, no le dejes que se vaya tan lejos, que no lo volveremos a ver – terció Clara aterrada ante la posibilidad de que yo cumpliera con lo que me estaba proponiendo.

–Dejad que el chico decida su porvenir – intervino Tío Cosme. ¿Qué queréis, que acabe siendo un pobre pescador como su padre o como yo? Tiene derecho a intentarlo y, aunque tenga pocos años, los palos que ha recibido le han hecho madurar, lo noto. Confiad en él para que deje atrás si quiere esta miseria y se procure una vida mejor, aunque sea duro. Para eso tiene buenas espaldas y no es tonto el chico. No tenemos ninguna razón que sea válida para retenerlo aquí y que se pase su vida entre las redes y la peste a pescado, la ropa remendada y un patrón u otro que le diga siempre lo que tiene que hacer por una

soldada que no te llegará nunca para salir de pobre. ¡Ya volverá si lo tiene a bien el día de mañana, o se quedará allí porque le vaya bien!

–Pero ¿qué diría su padre o su madre si vieran que le dejamos tan solo ante los peligros que puede encontrar en aquellas tierras? – intercedió mi tía, en un nuevo intento de protegerme, como gallina clueca con el polluelo ajeno que había amparado bajo sus alas.

–Pues diría que en su situación él habría hecho lo mismo, seguro. ¡Pues no conocía yo bien al marido de mi prima Caridad! – replicó Tío Cosme. Cuántas veces no me habrá dicho el pobre Ginés, al quedarse viudo, que si no fuera por su hijo ya se habría largado a hacer fortuna a América, como tantos otros.

–Gracias por tu apoyo, tío – apunté yo aprovechando la ocasión. Estoy convencido de que me irá bien. Voy a preparar un hato con alguna ropa y mañana por la mañana me acompañas a la cofradía y das referencias de mí, si no te importa. Me ha dicho Morales que el sobrecargo estaría allí de buena mañana para ver si se presentaba alguien al puesto de grumete que ofrecen.

–¿Pero no os dais cuenta de que mañana es solo dentro de unas horas? Qué locura de precipitación, qué necesidad habrá de tantas prisas…

–No se hable más – cortó definitivamente el tío –. Mañana a las ocho estamos en la cofradía. Tonia, hazle unos bocadillos al chaval por si no le dan ná en el buque hasta la tarde y tú, Leandro, coge lo imprescindible, un par de mudas y el traje de los domingos, que para lo que te iba a servir dejándolo aquí, te lo llevas y en paz.

Pasé la noche en vela, no hubo forma de pegar ojo. Mis primos sí dormían a mi lado porque esos duermen en el palo de un gallinero, como decía Mamá Tonia, pero para mí no hubo forma, y menos oyendo los pucheros que hacía mi prima Clara en la habitación de al lado. Llevaba muy mal lo de mi marcha, aunque no decía nada para no quitarme la ilusión de mi aventura.

Pasó la noche al fin y llegó la mañana de aquel 27 de enero de 1896 que iba a suponer tan decisivo cambio en mi vida. Todavía era de noche cuando salíamos de casa tío Cosme y yo, dejando atrás a la tía y a Clara llorando a moco tendido y a mis primos Isidoro y Pencho con los ojos como platos porque no comprendían muy bien a dónde

iba yo y qué era eso de que a lo mejor no volvían a verme nunca. Pocos minutos antes de las ocho llegábamos a la cofradía de pescadores y nos recibía el patrón mayor, un tal Julio Calvet, que se gastaba una barba de un palmo de larga, lo que le hacía parecer como un hombre serio y respetable, ni más ni menos que lo que en realidad era.

–Buenos días, Cosme y la compaña. Este debe ser tu sobrino Leandro, el hijo del pobre Ginés. Le conozco del entierro y de cuando me lo trajo tu patrón del Florentina para decirme que lo apuntara en esta cofradía porque se incorporaba como fijo al pesquero. Vaya, siento que tu ocupación en el barco haya sido tan corta, hijo, pero si es para mejorar…

–Esperemos que así sea, Julio – aventuró mi tío. Voy a necesitar que le hables bien del zagal al sobrecargo del Santo Domingo, a ver si le da el puesto.

–No faltaba más, hombre. Conocí bien a su padre y tu patrón me ha dicho que en las faenas ha cumplido como el primero. Venid por aquí, que tengo a don Gil el sobrecargo en la oficina.

Efectivamente, sentado en un viejo sillón de la oficina de la cofradía se encontraba el sobrecargo del Santo Domingo esperando a los posibles candidatos a la colocación y fumándose el primer cigarro de la mañana, una especie de purito retorcido de los que llamaban “caliqueño valenciano” en los bares del puerto donde los vendían frecuentemente y que olían de forma terrible, hasta el extremo de que Amparo, la única secretaria de la cofradía, manifestaba con cara de muy pocos amigos su disgusto ante el pestazo que se estaba organizando.

–Don Gil, hola de nuevo – avanzó Calvet. Aquí tiene usted a un muchacho que no dudo haría un buen papel como grumete en el Santo Domingo si decide darle el puesto. Procede de familia de marineros y está habituado a la mar. Su padre, su abuelo y su tío Cosme, que tengo el gusto de presentarle, vivieron siempre de su oficio de pescadores y jamás dieron motivo de queja ni a sus patrones ni a esta cofradía. Muy al contrario, han sido siempre muy apreciados por su trabajo y por su buen carácter.

–Mucho gusto, Cosme, y tú, chico, ¿cómo te llamas?

–Buenos días, señor. Me llamo Leandro. Leandro Barral Luque es mi nombre completo, para servirle.

–¿Y por qué quieres ese puesto de grumete en el Santo Domingo, chico?

–Señor, he perdido a mi padre hace poco y a mi madre hace ya varios años. Solo me queda la familia de mi tío Cosme, donde he sido muy bien acogido, pero querría probar fortuna en América – argüí. Si me contrata para ese puesto en su barco tendré la oportunidad de viajar a Cuba y buscar allí trabajo, que dicen que a los españoles les acogen bien.

–Hombre, te honra tu sinceridad porque me estás diciendo que el puesto lo dejarás al finalizar el viaje de ida, lo que me obligará a buscar de nuevo a alguien para reemplazarte cuando lleguemos a La Habana, pero es lo que hay y zarpamos esta tarde, con lo que no tengo tiempo de buscar a otro joven que valga para esa ocupación y además el aval del patrón mayor de tu cofradía es para mí suficiente garantía. Si estás ya listo, y por tu poco equipaje aprecio que así es, te despides de tu tío y partimos para el buque cuanto antes.

Mi alegría por haber conseguido el puesto se mezclaba con la tristeza por dejar a tío Cosme y su familia, último querido eslabón de la cadena que me unía a todo lo que había sido mi vida pasada. Me abracé con fuerza a él y, al separarme, creí apreciar en sus ojos algo más que la pena por dejarme ir y una añadida preocupación por lo que me podría esperar en tierras tan lejanas, con el convencimiento de que ya no estaría a su alcance echar una mano al hijo de su prima si lo necesitase. Como cabeza de aquella familia, papel al que la muerte de mi padre le había llevado, acababa de perder a uno de sus miembros, quién sabía si para siempre.

–Escribe, hijo, escribe alguna vez para que tengamos noticias tuyas y sepamos cómo te va – me pidió al separarnos.

Estreché con agradecimiento la mano del patrón mayor y partí con don Gil hacia el muelle en que se encontraba abarloado el trasatlántico. Su visión me dejó poco menos que pasmado porque yo no había visto buques de aquel tamaño. Por su airosa chimenea y sus dos palos para el velamen de apoyo, resultaba formidable.

–Vas a tener trabajo, Leandro. Llevamos a Cuba en este viaje más de mil soldados que se incorporarán a las tropas allí destinadas, además de provisiones y gran cantidad de pertrechos de los que carecen en aquella isla y que siempre hay que suministrar desde aquí. Tu trabajo va a consistir en ayudarme en el manejo de estas provisiones, especialmente en el traslado a cocina de todo tipo de víveres, según los vaya pidiendo el cocinero jefe y sus numerosos auxiliares. Dar de comer a tantas bocas no es nada fácil y requiere de prontitud en el servicio para que no se produzcan retrasos a la hora de las comidas, que están puntualmente fijadas en los correspondientes turnos.

Aparte de eso – añadió – tendrás que ayudar al asistente de don Valeriano Weyler en el servicio personal de este. ¿Ves ese grupo de oficiales allí, a la derecha? El general Weyler es el más bajito. Ya aprenderás que, pese a su corta estatura, es un hombre imponente, que destaca en toda situación. Embarcó anteayer en Barcelona y se rumorea entre los oficiales que viaja para hacerse con el cargo de Capitán General de Cuba, en sustitución del general Martínez-Campos, pero de eso ya te enterarás cuando corresponda.

Subimos al barco por la pasarela de servicio, casi en la popa, por donde entraban continuamente las carretillas con todo tipo de suministros. El sobrecargo me condujo al camarote colectivo para grumetes, pajes y parte de los marineros y me asignó un estrecho catre en la parte de abajo de una litera en el que apenas iba a caber yo de largo y una minúscula taquilla donde guardar mis escasas pertenencias. En su interior colgaba un sencillo uniforme, el propio de los grumetes y que no se distinguía apenas del que vestían los chavales que hacían de pajes, todos menores de los quince años y que se encargaban de labores menos duras, como hacer de camareros en los comedores de oficiales y de marineros.

Don Gil me ordenó vestir el uniforme y presentarme enseguida en cocina, para ponerme a las órdenes del cocinero jefe. Uno de los pajes me mostró donde estaba y allí me esperaba el sobrecargo para ponerme a las órdenes de Cebrián, el dueño y señor de aquellos fogones, portador de una más que considerable barriga y que nada más verme me dijo:

–Vaya, un muchacho fortachón, falta nos hace aquí para acarrear los sacos de patatas o de harina desde la bodega. Bien, don Gil, ya me hago yo cargo del jovencito. Pero supongo que no me lo dedicará usted a tiempo completo, ¿me equivoco?

–No, no puede ser, qué más quisiéramos tú y yo, lo voy a dedicar también al auxilio del ordenanza que atiende al general Weyler – decidió el sobrecargo. Ayer mismo me decía que el que le asigné desde Barcelona no le basta para llevar a buen término todo el trabajo que tiene pendiente. Espero que este chico, que se llama Leandro, pueda ayudar en esa tarea y echarte una mano a ti cuando el general no precise de sus servicios.

–Pues entonces, de acuerdo, don Gil. Me hago cargo del chaval. Que tenga usted un buen día.

–Gracias, Antonio, trátamelo bien, que me han dicho que es bueno y no quiero que se me estropee. Y tú, Leandro, cuando acabes tu labor aquí, preséntate esta tarde primero a que te eche un vistazo el médico de a bordo y luego te pones a las órdenes del asistente del general. Ya sabes, mañanas en la cocina y tardes el general. Nos veremos más adelante.

–Descuide, aquí será muy útil y lo trataremos estupendamente – señaló Cebrián.

Al quedar a solas con el cocinero me dijo que allí estaría bien, que el trabajo era duro pero que no mataba a nadie y que la ventaja de trabajar para la cocina era que nunca me faltaría de lo mejor para llevarme a la boca. Luego me mandó a la bodega donde, en una despensa que parecía más bien un almacén por sus dimensiones, se amontonaban las provisiones para tan largo viaje. Me pasé la mañana acarreando sacos de patatas, hortalizas y otras verduras, grandes piezas de vacuno, garrafas de aceite, damajuanas de vino y todo lo que se le ocurría al señor Cebrián.

La verdad es que desde el principio me trataron bien cocineros y pinches, aunque alguna broma de novato ya me cayó, pero lo compensó la buena comida de que disfrutamos todos los que allí trabajábamos. Esa mañana el cocinero jefe decidió obsequiar al general Weyler y demás jefes con una caldereta de langosta. Como el general era mallorquín, supuso que le gustaría ese plato que se hacen

los pescadores de Menorca, con lo que elaboró el menú con especial primor. Lo cierto es que la caldereta era tan grande que les sobró a los oficiales, por lo que una buena parte se quedó en cocina y todos tuvimos ocasión de probarla. Nunca en mi vida había degustado semejante manjar.

A primera hora de la tarde, mientras dormitaba en su silla el jefe de aquel equipo con las manos cruzadas sobre su voluminosa panza, y después de ayudar a los pinches en la limpieza y recogida de todo género de cacharros y utensilios usados poco antes, y de los platos y cubiertos que regresaban de los diversos comedores, me arreglé un poco y me presenté al médico del barco como se me había ordenado. Sobre su puerta figuraba un pequeño letrero de latón indicando: Doctor Heras, médico.

–Sí, ¿quién eres tú, muchacho? – requirió su ayudante, el practicante.

–Buenas tardes, doctor, soy Leandro Barral, el grumete nuevo que ha embarcado en Cartagena – me presenté. El señor sobrecargo me manda por si quiere usted revisarme.

–No chico, yo soy Albino, el enfermero que asiste a don Fernando, el médico de este buque. Haz el favor de pasar por aquí y quédate en ropa interior para que te vea el doctor.

El doctor Heras, hombre muy alto y de extremada delgadez, que adornaba su mentón con una perilla ciertamente encanecida, y cuyo cabello hacía tiempo que había empezado a ralear, era hombre de pocas palabras y mirada inquisitiva, de persona introvertida e inteligente. Me auscultó a fondo por pecho y espalda, me miró la piel, las articulaciones, la lengua y la garganta, los ojos y los oídos y me palpó el vientre detenidamente.

–Albino, apunte: el chico está sano. Como un roble, diría yo. Ausentes todo tipo de enfermedades de pulmón, hígado, riñones y corazón. Brazos y piernas fuertes y con los debidos reflejos. Piel algo curtida por el sol y el viento, lo que no es malo. Hala, mozo, ya te puedes marchar a trabajar. Yo le pasaré el informe al sobrecargo.

–Como mande, doctor, buenas tardes – le contesté al retirarme, no sin antes oír cómo le decía a su ayudante Albino:

–Vaya, supongo que no habrá tenido tiempo de estudiar mucho, como hijo de obrero que parece, pero al menos es un chico educado y respetuoso, falta hace alguien así entre tanto bruto y desertor del legón como hay embarcado en este buque, y no me refiero solamente a la marinería.

Pasado con éxito este trámite, me dirigí a los camarotes de cubierta, entre los que debía encontrarse el del general Weyler. Uno de los marineros que se encontraban en ese momento fregoteando la cubierta me informó:

–Mira, chavea, ese es Porfirio Caso, el asistente del general, debe estar a punto de ir a verle para despertarle de la breve siesta que gusta dormir cada día.

Me acerqué al tal Porfirio y le abordé tuteándole porque solo era algo mayor que yo.

–Buenas, Porfirio, soy el grumete que ha asignado el señor sobrecargo para ayudarte en el servicio del general. ¿En qué va a consistir mi trabajo?

–Hola, rapacín, te espero dende esta mañana, vamos a ver al xeneral, ye un pocu tempranu, pero tú calla y mira – más tarde supe que su curioso acento y deje le venía de su origen asturiano, más concretamente de Carreña, una aldea del concejo de Cabrales – ¿Cómo te llames y d’ónde yes?

–Me llamo Leandro Barral y soy de Cartagena, en donde acabo de embarcar. Era aprendiz de pescador hasta hace poco y me he alistado como grumete para llegar a Cuba.

–¿Y esi interés por dir a Cuba de qué te vien, guaje?

–He perdido a mi padre a principios de este mes y a mi madre hace algún tiempo. Nada me ataba ya a mi tierra y me planteé marcharme a las Antillas, en busca de mejor suerte. El tiempo dirá si he acertado o todo ha sido un gran error.

–Pero si yes un guaje, home. A lo último esperemos que tengas suerte en tu aventura americana, pero agora lo qu'hai que faer ye espertar al xeneral y ayudar no que pida. Ah, y llámame Porfi, solo Porfi, como llámame tol mundo, menos el xeneral. Eso sí, a él no dejes de llama-y siempres excelencia o señor, tenlo en cuenta.

¡Bones y santes tardes, mi xeneral, a los sos ordes! – exclamó marcial el asistente mientras abría la puerta del camarote de su superior.

–Porfirio, te he dicho mil veces que no me hables en esa jerga que llamáis bable y que me suena a flatos de vaca, cencerros y golpes de madreña – le amonestó con sorna el general.

–A sus órdenes, mi xeneral, le ruego me disculpe una vez más. ¿Probóle la siesta, excelencia? Preséntole al grumete que asignóle el señor sobrecargo para su servicio, de nome Leandro Barral, señor.

–Ah, bien, chico. Ya veo que eres grumete civil, de la dotación del buque. Espero que la rigidez de la disciplina militar la lleves bien, de lo contrario me veré obligado a prescindir de ti y devolverte al sobrecargo para que te encargue otro tipo de trabajos.

–Confiemos en que eso no sea necesario, excelencia. Me esforzaré en cumplir con mi trabajo a su entera satisfacción.

–¡Vaya, así se habla, muchacho! Creo que nos entenderemos. Y ahora ponte a las órdenes de esta especie de labriego cuidador de hórreos y bebedor de sidra y ponedme en orden de revista el uniforme, empezando por las botas, que tengo que cenar esta noche con el capitán del Santo Domingo.

Cuando me quedé solo con Porfirio en el cuarto de asistencia del general, el ordenanza distribuyó la faena:

–Escucha, guaje, yo voi poner a cepillar l'uniforme del xeneral y tu cueyes les botes y das-yos llustre. Depués vamos metenos los dos a sacar rellumu a les medayes. ¿D'alcuerdu?

–Supongo que quieres decir que les dé lustre a las botas de su excelencia. Ah, ya veo el betún en ese armario y las botas esas tan altas, solo me faltan trapos y cepillos.

–Ahí los tienes, dejaré el bable porque veo que me entiendes regular, carayu colos babayus castellanos. Mira, pa lustrar les botes, primero quítes-y con ese paño y un pocu d'agua toda la suciedad que acumulóseles en el muelle de Cartagena y en el paseo que dio por la ciudad. Lugo das-yos betume, quiero decir les das betún. Una capita bien extendida. Después, con un poco de saliva les extiendes otra capita y los dejas secar un ratito. Pa sacarle un brillo bueno hay que calentar la bota con esa vela que ves en esa alacena, pero por ser la

primera vez, déxalo tar, nun vaigamos quemar el barcu. Y con ese buen cepillo te pones a darles a les botes como si te fuera la vida en ello, que el xeneral ye muy exigente con su brillo botero. Para acabar, les frotes bien con ese pañu hasta que se te caigan le uñes, chicu – se esforzó el asturiano en hablarme lo mejor que pudo, aunque no lograba del todo abandonar su característica forma de expresarse y que, a mí, que nunca la había escuchado, me hacía mucha gracia –.

Me apliqué a la faena hasta que a Porfi le pareció que las botas brillaban lo suficiente. Yo, mientras tanto, no podía quitarme de la cabeza la corta estatura del general; apenas superaría el metro y medio, lo que no parecía importar a nadie y menos a él. Sus enormes e imponentes patillas, que se unían al bigote en elegante curva, me asombraron menos porque ya había visto yo a señores importantes mostrando semejantes bigotazos y sentados en el salón de amplios ventanales del Casino, al que todos llamaban la "pecera" por estar expuesto a las constantes miradas de cuantos circulaban por la bonita Calle Mayor. Esos contundentes bigotes parecían además muy propios de los militares de la zona y también de los marinos mercantes que atracaban sus buques en el puerto.

Tras pasar la mañana siguiente breando en la cocina con Cebrián y los demás cocineros, me tocó llevarle al general un café a su camarote, mientras Porfi se dedicaba a cumplimentar todos y cada uno de los mandados de nuestro superior, lo que le obligaba a recorrer el barco de cabo a rabo en continua carrera.

Gustaba el general de tomar el café después de la siesta y como paso previo a enfrascarse en sus papeles y en las órdenes que disponía para oficiales y marinería, así como en sus relaciones con los tripulantes del buque.

Cuando me vio aparecer me demandó:

–¿Dijiste que te llamabas Leonardo, muchacho?

–No, excelencia, mi nombre es Leandro, a su servicio.

–Ah, sí, ya recuerdo. Leandro, como uno de los cuatro hermanos santos cartageneros.

–Exacto, señor. Es fácil confundir Leandro con Leonardo.

–No me volverá a pasar, descuida. ¿Y cómo piensas ganarte la vida en las Antillas?

–No lo sé, excelencia. Preguntaré en el puerto cuando lleguemos a La Habana.

–No me parece una gran idea, en los puertos de mar pulula lo peor de cada casa y el de La Habana no creo que sea una excepción a esa regla.

–No se me ocurre otra forma de encontrar trabajo al principio, señor.

–Bueno, tal vez pueda echarte una mano para empezar y más adelante seguro que puedes arreglártelas por ti mismo. Aunque eres grande y pareces fuerte, salta a la vista que todavía eres muy joven y, consecuentemente, careces de malicia y de la necesaria experiencia para salir de situaciones apuradas y saber lo que más te conviene.

Conozco bien la isla de mis visitas en 1863 – agregó –, hace ya treinta y tres años nada menos, cuando todavía era un joven comandante y cuando, cinco años después, regresé como coronel para hacerme cargo del Batallón de Cazadores de Valmaseda, qué recuerdos. Una lástima que ahora esté todo tan revuelto. Malos tiempos corren para las últimas posesiones de España en la zona. Primero sufrimos la llamada Guerra de los Diez Años y un año después de finalizar aquella los revoltosos volvieron a las andadas con la que llamaron Guerra Chiquita, un no parar. Y esto de ahora tiene muy mala pinta. Me mandan a mí a arreglar lo que no pudo hacer ese gran general que es Martínez-Campos, que ha acabado tirando la toalla ante la dureza de las medidas que el Gobierno de España considera necesario aplicar. Ahora que no nos oye nadie, te diré que puede parecer muy fácil gobernar estas tierras levantiscas desde tan lejos, pero luego la realidad se encarga de poner las cosas en su sitio y los cubanos llevan años deseando desprenderse de la tutela de la madre patria, imitando lo ya conseguido por el resto de las repúblicas del continente, cuya suerte envidian. En fin, veremos qué se puede hacer, esto de tener fama de severo e implacable no es cosa de gusto, créeme.

Es difícil saber – continuó – si has acertado al intentar buscarte la vida en aquellas tierras tan lejanas. Pero, a lo hecho, pecho. Supongo que entre tanto enredo podría conseguirte un buen lugar para trabajar en la hacienda tabaquera de mi amigo don Bernabé Torres. Es un tipo formidable, al que todavía no han logrado superar las difíciles

circunstancias imperantes. Ha podido con todo, con continuar la labor de su padre roturando unas tierras baldías en las que nunca se cultivó nada, con introducir innovadores sistemas de riego, superar las mil plagas de la planta del tabaco, sobreponerse a la revolución que supuso la abolición de la esclavitud en la isla hace tan solo diez años y la adaptación al nuevo sistema de trabajo remunerado, etcétera. Desde un principio, y al igual que su predecesor, apostó por la calidad de su producción, lo que le ha supuesto grandes esfuerzos e inversiones, pero ahora sus clientes españoles y extranjeros están dispuestos a pagarle lo que pida con tal de que les suministre sus cigarros Flor de Torres. Nos hicimos muy amigos en el pasado y hemos mantenido una correspondencia asidua, hablando de los problemas de aquellas tierras y de su difícil solución. Si yo le pido que te coloque en su plantación, no dudes que lo hará y será para bien. Puedes pasar allí unos años, aprender el oficio y quién sabe si algún día querrás tener tu propia plantación. Hay sitio y oportunidades para todo aquel que quiera partirse el lomo trabajando, ya que el nativo es de por sí poco emprendedor.

–Gracias, señor, me vendría muy bien ese trabajo y no me asusta lo duro que pueda ser el oficio, estoy seguro de que sería un buen comienzo, luego Dios dirá.

–Bien dicho. En cuanto lleguemos a La Habana te presentaré a tu nuevo patrón, que ya me ha comunicado que vendrá a recibirme al puerto cuando la Capitanía Marítima local anuncie nuestra arribada. Espero que me dejes en buen lugar.

–Haré lo posible, excelencia – aseguré al general.

A la tarde siguiente el Santo Domingo pasaba por delante del Cabo de Trafalgar, tras haber sobrepasado Ceuta a babor y Tarifa a estribor, como decían en el barco, en donde, para sorpresa de los soldados, en gran parte campesinos que nunca habían pisado un barco, nadie decía “a la izquierda” ni “a la derecha”. El general Weyler admiraba el panorama mientras que Porfi y yo le acompañábamos a prudente distancia por si necesitaba darnos alguna orden.

–Cerca de estas aguas se libró la batalla de Trafalgar, en octubre pasado hizo ya noventa años. Nuestra flota luchó junto a la francesa y contra la británica, a la que comandaba el brillante almirante Nelson.

La impericia y cobardía del almirante francés Villeneuve, que estaba al mando del conjunto de los barcos españoles y franceses, nos supuso una gravísima derrota, incluso contando nuestra coalición con un número superior de buques. Allí murieron, cumpliendo con su deber, más de mil hombres de los mejores de nuestra infantería de marina, la más antigua del mundo, y multitud de oficiales que dieron heroicas muestras de valor y sacrificio, además de esos grandes militares que fueron Churruca y Alcalá Galiano.

El general dejó de hablar y se enfrascó en sus propias reflexiones, como si ese recuerdo de Trafalgar le doliera físicamente. Cabizbajo, parecía que lo abrumador de la derrota ante los ingleses y la pérdida de la potencia naval española, ocurrida hacía casi un siglo, todavía fuera una herida sin cicatrizar para su país y para todo militar que se preciara.

–Incluso Gravina, que resultó herido – prosiguió– moriría a los pocos meses. Eso sin contar con la gran cantidad de heridos y prisioneros y la desastrosa situación en que quedó la marina de guerra española para defender nuestros derechos en las colonias americanas, que aprovecharon esa debilidad en su lucha por la independencia. Más arriba, también a estribor, queda la maravillosa y muy antigua Cádiz. La blancura de sus encaladas casas ha motivado que la llamen “la tacita de plata” y, cuando la mar está en calma, la inigualable imagen de la ciudad se refleja segura de su belleza en las aguas del puerto y semeja el cuadro de un paisajista magistral, de esos que se han dado en llamar impresionistas desde hace unos años. Y todo ello junto a las mitológicas columnas de Hércules, una sobre Gibraltar y otra en algún lugar de la costa africana, tan próxima ahora, tal vez sobre el monte Musa, indicando a través de la historia que no había tierras más allá, hasta que los españoles nos encargamos de poner fin a esa creencia y descubrir nada menos que todo un continente. Puedes sentirte orgulloso de tus orígenes, chico, aunque menuda guerra nos disteis cuando hace veintitrés años os dio por declararos en tu tierra murciana cantón federalista y acabasteis solicitando a Estados Unidos que os admitiera como miembro de la Unión, que hay que tener valor – se rio el general –.

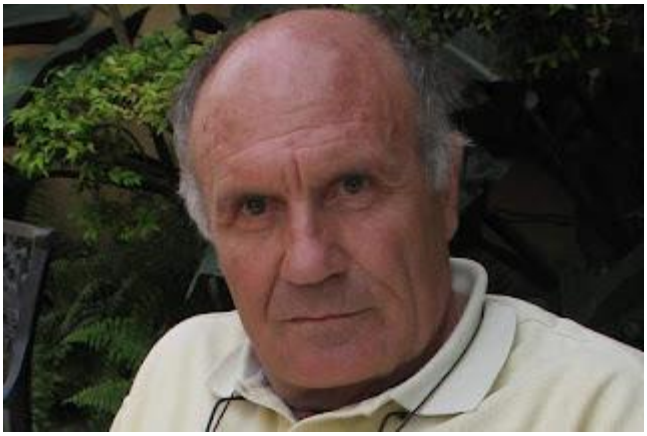
Los siguientes fueron días de travesía oceánica y el invierno se hacía notar. La monotonía de las labores en la cocina y en el servicio

al general se alternaban con la novedad de un mar a menudo embravecido que dificultaba el tránsito por el buque y la vida diaria. En más de una ocasión la fría espuma de una ola me azotó la cara, borrándome la sonrisa provocada por algún chiste de Porfi. Era normal que hiciera mala mar, ya me habían dicho que el Atlántico era otra cosa, un formidable océano para el que el Mediterráneo no pasaba de ser un mero charco. Así las cosas, el lunes 10 de febrero de aquel prometedor año de 1896 atracábamos en el puerto de La Habana.

Luis Andrés-Vázquez Martínez

ANTOLOGÍA DEL SONETO DEL SIGLO XX

"PASEO POR EL AMOR Y LA MUERTE". SIETE SONETOS DE VENANCIO IGLESIAS MARTÍN



Venancio Iglesias Martín. *Fuente: Diario de León*

En esta antología personal del soneto en el siglo XX no podían faltar las sorpresas, los inéditos. Siguiendo la mejor tradición clásica del género que documentamos, algunos sonetos son conocidos vía lectura privada antes de saltar a la pública plaza, impresos.

Es el caso de este breve ramillete de "sonetos mal aparejados", como los llama su autor, que presentamos bajo el título del primero de ellos: "Paseo por el amor y la muerte". Componen, a nuestro criterio, cierta secuencia indivisible; de ahí que los traigamos y comentemos aquí en su unidad y en su conjunto. En ellos se canta el amor y la belleza en lo que tienen estos ideales de verdad permanente que inquieta y abriga, y se hace burla amable de cuanto es risible o fútil o desampara.

Son inéditos (hasta donde sabemos) y los compuso su autor, Venancio Iglesias, en Marruecos hacia 1996, en uno de los periodos de su larga estancia allí como profesor de Lengua y Literatura españolas y asesor.

“Paseo por el amor y la muerte” muestra el aliento de un gran poeta de amor. Dos notas distinguen este soneto: la delicadeza (“creces con las almas de las cosas / que tienen un dios dentro”) y la melodiosa dicción conseguida, curiosamente, con rupturas sintácticas, alguna de ellas abrupta, a lo Quevedo y a lo Blas de Otero: “alborozada /mente”. Es un acierto la alusión que sugiere el título a la película de John Huston, una de las más conseguidas recreaciones del tiempo de la inquieta civilización medieval, en crisis a finales del s. XIII (el gran siglo del Dante y del amor cortés), donde la crisis del intelectualismo vuelve los ánimos hacia la voluntad y su refinado servicio al sentimiento amoroso y de amparo en el ideal de la dama. Es el hombre-razón quien busca amparo y se “feminiza” y humaniza en el ideal de la virgo y la belleza y la virtud inalcanzables.

Otro de los sonetos, el que empieza “Un desierto de abrojos erizado” contiene este verso-luz extraordinario: "tan pobre y tan triste y tan Enero,".

Recoge este soneto el tono melancólico, crepuscular, que han cantado Virgilio y Garcilaso, y entre los modernos, Antonio Machado, en relación con la “tarde”:

Y una tarde, como esta, en la que vengo
tan pobre y tan triste y tan Enero,
le daré mis despojos al Ocaso.

Sensibilidad e idealización, delicadeza y expresión de afectos, melancolía y humor, también. Algunos de estos sonetos vierten el cálido rayo de los afectos en la vena del humor: el humor en consonancia con la sensibilidad que eleva lo real a lo ideal. Aquí el humor hace el movimiento contrario, de lo ideal a lo real, pero, curiosamente, produce tanto o más creíble efecto de humanidad. Se trata de un humor que no deshumaniza ni degrada sino que (usando un recurso distinto y de apariencia opuesto a la idealización de los poemas de amor, como es el realismo irónico) realza e individualiza sus sujetos. Todos los sonetos, pero especialmente los dos que conforman esta vertiente de humor destacan por una sencilla, fluida,

y tan difícil como esmerada construcción; no obstante, el último nos parece una maravilla: un soneto de cabo roto, genial, sorprendente, valiente, y raro en un autor del siglo XX o del presente siglo XXI. Otro día hablaremos de ese subtipo de obras (sonetos, espinelas, sextillas, romances, de cabo roto). Al parecer fue el malogrado poeta sevillano Alonso Álvarez de Soria (o de Soto) quien inició esta tradición de los versos de cabo roto, que continuó Cervantes, en sus poemas preliminares al libro *Don Quijote*, y de este pasaron a la novela picaresca de López de Úbeda *La pícara Justina*.

No hay buenos sonetos "de cabo roto" en el siglo XX (más allá de algún juego florido, producto de imitación técnica y de intencionalidad satírica, en alguna página de circunstancias); de ahí que el que presentamos merezca, en su condición plena literaria, nuestra admiración y extrañeza.

Fulgencio Martínez

Tarazona (Zaragoza), 23 de septiembre 2022

SIETE SONETOS DE VENANCIO IGLESIAS MARTÍN

PASEO POR EL AMOR Y LA MUERTE

Bebes la clara luz de una alborada,
vives en el silencio de las rosas.
Creces como las almas de esas cosas
que tienen un dios dentro. Alborozada

mente, la nube aprende en tu sagrada
cabeza, las razones más hermosas
de su destino de llanto. Rebosas
calor y olor de tierra roturada.

Busco el verano intenso de tu huerto,
y tu Dafne sonrisa triste y pura
detiene mi furor de macho hambriento.

Se para mi dolor ante el incierto
cauce que lleva al mar la tu hermosura
y vuelvo cabiztriste al pensamiento.

PORQUE VIO A SU AMIGA TERESA VESTIDA DE ROSA YENDO A LA OFICINA ALEGRE Y GARBOSA DESPUÉS DE HACER UN DESASTRE DE APARCAMIENTO

Quien piense que nos dejas, ay, Teresa,
poco sabe de ti, el muy sarasa.
No sabe que se queda en esta casa
esa sombra fugaz de rosa y fresa.

Que queda aquí de ti lo que no pesa;
la esmeralda mirada y dulce pasa
de tu voz, tu presto andar, y la brasa
de tu aire de paloma tras la mesa.

De luto se pondrán los pescadores
que saben más que tú de despedidas,
de anzuelos, redes, penas y LICENCIA.

Te llevas un montón de admiradores.
De tu voz y mirada sorprendidas
se queda con nosotros la querencia.

LO SAGRADO

¡Olas de soledad, cuerpo florido
en las alas de un eterno instante!
¡Dorados labios de una sombra errante,
oriente de pasión, pájaro herido

del ocaso! ¡Sueños de amor perdido,
frente de nube, cielo deslumbrante!
Aduérmese el calor del labio errante
sobre la piel sagrada de tu olvido.

¡Cómo tu voz amada me conmueve,
y cómo me estremece tu ternura,
y tu cuello de cisne y tu pureza!

¡Un poema de luz tu aliento breve
escribe por mis labios la dulzura!
Y la casa se quiebra de tristeza.

AL AMOR CUANDO ABANDONÓ MI CASA

Has dejado en mi pecho un avispero
y el dolor en mi alma de una herida
de cuchillo. Olvidado en la perdida
soledad del viento, aún te espero.

Tu arrullo de paloma es lo que quiero
en esta luz de otoño anochecida.
No puedo acostumbrarme a tu partida
ni quiero ser de nuevo el Caballero.

Muda, la muerte abandonó en mi puerta
su apero de cosecha decreciente,
y mi cuerpo se inclina agavillado

al dolor del despojo de mi huerta.
¡Adiós, adiós, adiós! Es ya simiente
mi corazón de luto, amortajado.

OTRA VERSIÓN DEL MISMO SONETO

AL AMOR CUANDO ABANDONÓ MI CASA

Has dejado en mi pecho un avispero
y el dolor en mi alma de una herida
de cuchillo. Olvidado en la perdida
soledad del viento, aún te espero.

Tu arrullo de paloma es lo que quiero
en esta luz de otoño anochecida.
No puedo acostumbrarme a tu partida
ni quiero ser de nuevo el Caballero.

Muda, la muerte abandonó en mi puerta
la voz enamorada de la tierra,
y mi cuerpo se inclina enamorado

a recoger el fruto de mi huerta.
¡Adiós mi amor! ¡Cuando te vayas cierra!
Mi corazón lo tengo ya enterrado.

Un desierto de abrojos erizado
cultiva mi dolor de parte a parte.
Perdóname, mi amor, que estoy de arte
de quien tiene la muerte de invitado.

Ya ni sueño, ni duermo, ni el cuidado
que ponían mis ojos en buscarte
me mueve, ni se conmueve al besarte
en el recuerdo, mi cuerpo recordado.

Para mi mal y mi tristeza tengo
un poquito de vino y de bolero,
y el poso del olvido en este vaso.

Y una tarde, como esta, en la que vengo
tan pobre y tan triste y tan Enero,
le daré mis despojos al Ocaso.

Tenemos, don José, en este cuartuch-
mucha bulla, alharaca y cachondé-.
Don Antonio nos trinca, ¡qué cabré-!
que en joder y acongojar es hombre duch-.

Agora nos endilga el avechuch-
un trabajo que fiede a folleté-
y Barudi, Harbach y Mohammé-
nos llaman, ¿sabe usté? *"la-banda Puig"*.

Las horas que pasamos con voacé
dulces fueron, lo sabe hasta Hassán
nuestro astuto monarca el alauí-.

¡Se os echa de menos, don José!
Nos preguntan por vos hasta en Tam-tam,
y a Allah piden su vuelta en la mezquí-.

Rabat, 25 de San Juan 96

AUTORES

ALBA DIZ VILLANUEVA es profesora en la Facultad de Filología de la UCM (Universidad Complutense de Madrid), dentro del Departamento de Estudios Románicos, Franceses, Italianos y de Traducción. Se doctoró en Estudios Literarios por dicha Universidad Complutense (Mención Internacional y Premio Extraordinario de Doctorado) con una tesis sobre la ciudad en la narrativa de Mircea Cărtărescu. Es también licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Vigo y Máster en Estudios Literarios de la UCM. Ha realizado varias estancias de investigación en la Universidad de Bucarest (Rumanía).

Entre sus publicaciones, destacan el libro *Bucarest en la narrativa de Mircea Cărtărescu: lecturas de una ciudad (*Santiago de Compostela: Andavira, 2018) y artículos científicos publicados en revistas indexadas (Lexis, Revista Chilena de Literatura, Revista de Filología Románica, etc.) y capítulos en editoriales de prestigio (Síntesis, Peter Lang, Iberoamericana Vervuert, Dykinson, Renacimiento...). Ha editados varios volúmenes colectivos, entre los que destacan: *Un viaje literario por las islas* (Madrid, Síntesis, 2019), *La ciudad hostil: imágenes en la literatura* (Madrid, Síntesis, 2015), *Voces de mujeres en la ciudad (*Madrid, Tirant lo Blanch, 2021), *La ciudad sin atributos: la no ciudad* (Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2021), *Buenos Aires: escrituras y metáforas de un espacio plural (*Madrid, Iberoamericana Vervuert, 2020).

Ha sido secretaria del curso de verano UMC "Viajar por la ciudad. Representaciones literarias y artísticas" (2018), ha coordinado congresos y seminarios de investigación internacionales y participado en varios proyectos I+D y de innovación docente.

ALICIA RODRÍGUEZ SÁNCHEZ es licenciada en Filología Hispánica por la Universidad de Alicante. Actualmente, ejerce como profesora de carrera en el Centro Integrado de Formación Profesional (CIPFP) Canastell de la localidad alicantina de San Vicente del

Raspeig. En este centro, imparte la materia de Lengua castellana y literatura.

Su primera incursión en el mundo de la literatura para adultos fue con la recopilación medieval de cuentos titulada *Las mil y una noches* a los que le siguieron otras obras clásicas españolas de autores como Mariano José de Larra, Gustavo Adolfo Bécquer o Lope de Vega, entre otros grandes de la literatura.

ANNA ROSSELL (Mataró, Barcelona, 1951), doctorada en Filología Alemana. Profesora de literatura alemana en el Departamento de Filología Inglesa y Germanística de la Universidad Autónoma de Barcelona. Ha desarrollado una amplia labor de crítica literaria y desarrollado a la par una obra creativa en casi todos los géneros, en especial la poesía. Entre sus últimas obras, en poesía: *Auschwitz-Birkenau. La prada dels bedolls / La pradera de los abedules (2015, e-book, Amazon); en narrativa: Aquells anys grisos (Espanya, 1950-1975) (2014, e-book, Amazon).* En 2017, con *(Falsa) paradoj*a fue premio Amnistía internacional de microrrelatos. Colabora en la revista *Quimera*, dirige la sección de crítica literaria de *Las nueve Musas*.

http://www.annarossell.com/
http://es.wikipedia.org/wiki/Anna_Rossell_Ibern
https://www.facebook.com/annarossellliteratura

ANTON HOLBAN (1902-1937) es un escritor rumano. Escribió novela, relato breve y teatro. En su obra aborda temas como el amor, la muerte y el conflicto insoluble entre el proyecto ideal de los deseos individuales y sus consecuencias reales. El relato que presentamos en *Ágora*, "Conversaciones con una muerta", traducido al español por Joaquín Garrigós, lo publicó originalmente en la revista *Viața românească* en 1933.

FELIX NICOLAU es filólogo rumano, lector de Lengua y literatura rumana en la Universidad Complutense de Madrid y catedrático de la Universidad Técnica de la Construcción de Bucarest, Departamento de Lenguas Extranjeras y Comunicación. Profesor en el Instituto de Lengua

Rumana de Bucarest y afiliado a la Escuela de Doctorado de la Universidad "1 Decembrie 1918" de Alba Iulia, Rumanía. También editor de la *Swedish Journal of Romanian Studies* de la Universidad de Lund, Suecia, donde enseñó durante 4 años.
Es, por otra parte, doctor en Estudios Literarios por la Universidad de Bucarest con una tesis sobre el romanticismo en la creación de Mihai Eminescu. Entre sus libros, destacan *Istoria nucleară a culturii. Cuante hermeneutice; Ingen fara på taket/ Totul e sub control. Lär dig rumänska/ Învaţã limba românã; You Are not Alone. Culture and Civilization, Morpheus: from Text to Images. Intersemiotic Translation; Comunicare şi creativitate. Interpretarea textului contemporan; Take the Floor. Professional Communication Theoretically Contextualized; Cultural Communication: Approaches to Modernity and Postmodernity; Estetica inumană. De la postmodernism la Facebook; Codul lui Eminescu; Anticanonice; Homo imprudens.*
Como escritor, Felix Nicolau es miembro de la Unión de Escritores Rumanos y colabora con la crítica e historia literaria en numerosas revistas literarias. Ha publicado varios libros de poesía y dos novelas: *Kamceatka. Time is Honey*, *Pe mâna femeilor, Tandru şi rece*, *Bach, manele şi Kostel, Cucerirea râsului*, *Salonul de invenţii.*

FULGENCIO MARTÍNEZ (Murcia, 1960) ha ejercido la docencia. Máster en Filosofía y en Filología Hispánica. Ha publicado, entre otros libros de poesía, *Línea de cumbres* (2020, Adarve, Madrid), *y La segunda persona* (2021 Sapere Aude, Oviedo). Y, en 2019, *La escritura plural, 33 poetas entre la dispersión y la continuidad de una cultura*, una antología actual de poesía española, con prólogo de Luis Alberto de Cuenca (Ars Poetica, Oviedo). Es autor de un único libro de relatos *El taxidermista y otros del estilo* (Diego Marín editor) y de un ensayo sobre la filosofía de Antonio Machado, publicado en la revista "Symposium" de la Universidad Católica de Pernambuco (Recife, Brasil). Edita y dirige la revista *Ágora-Papeles de arte gramático.*

JOAQUIN GARRIGÓS BUENO nació en Orihuela (Alicante). Dirigió el Instituto Cervantes en Bucarest. Ha publicado *Poesía completa de Max Blecher* (Hermida ed) y la casi totalidad de la obra narrativa de Blecher. Ha traducido al español a los grandes escritores rumanos del siglo XX. Ha sido reconocido con (entre otros) los siguientes Premios:

Premio de la Unión de Escritores de Rumania a la mejor traducción en lengua extranjera en 1998 de una obra literaria rumana por el libro *La noche de San Juan*.

Premio Poesis de traducción, Satu Mare, Rumania, 2006.

Premio de traducción del Festival Días y Noches de Literatura, Rumania, 2007.

Premio Complutense de Traducción «José Gómez Hermosilla», de 2019.

Ha traducido y publicado últimamente, entre otros libros de literatura rumana del siglo XX, *La casa de las ventanas de color naranja,* de Minulescu (ed. Nórdica), y "Diario (1935-1944) de Mihail Sebastian. Tradujo el texto del profesor Gheorghe Glodeanu, sobre el citado libro de Minulescu, que presentamos en Ágora N. 11, y el relato de Anton Holban "Conversaciones con una muerta" en este N.13.

LUIS ANDRÉS-VÁZQUEZ MARTÍNEZ nació en 1946, en Cartagena (Murcia) y ha sido funcionario de la Administración del Estado. Ha publicado varios cuentos en revistas. Su primera obra, del tipo de novela de intriga y espionaje, lleva por título *Me van a matar en agosto*, palabras proféticas de **Federico García Lorca** en los primeros meses de la Guerra Civil española, y ha sido publicada por Amazon.
El relato publicado pertenece al primer capítulo de su segunda novela, *Cónsul de sangre,* "todavía cociéndose en el horno", como nos dice su autor.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ VALERO es catedrático emérito de Literatura, en 2022 ha publicado *Otoño en Babe*l. (Ed. La fea burguesía).
Ha publicado también, entre otros libros: en prosa, *Sintaxis* (La fea burguesía) y en poesía: *La isla* (ed. El bardo), *La espalda del fotógrafo* (Editora Regional de Murcia), *Poemas* (Editora Regional), *La Puerta Falsa*, *Puerto de sombra* (Ed. La fea burguesía), *Libro abierto* (La sierpe y el laúd*).*

JOSÉ LUIS ZERÓN HUGUET. (Orihuela, 1965). Poeta. Fue cofundador y codirector de la revista *Empireuma***.** Sus primeras obras editadas fueron dos plaquetas: *Anúteba*, conjunto de poemas suyos y de **Ada Soriano** (Ediciones Empireuma, 1987), y *Alimentando lluvias* (Pliegos de Poesía del Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1997). En 2021 publicó

Intemperie (ed. Sapere Aude, Oviedo). Otros poemarios suyos son *Sin lugar seguro* (Germanía, 2013), *De exilio y moradas* (Polibea, 2016), *Perplejidades y certezas* (Ars poética, 2017) *y Espacio transitorio* (Huerga & Fierro, 2018). Ha sido incluido en varias antologías: entre ellas, en *La escritura plural. Antología actual de poesía española* (Ars Poetica, 2019). Ha colaborado con ensayos, artículos, cuentos y poemas en revistas nacionales e internacionales. Podéis leer su artículo "Cuasi una poética", en el número 10 de *Ágora* (vol. 3 impreso, *Anuario de Ágora 2021*), y en el blog de esta revista: https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2021/09/cuasi-una-poetica-por-jose-luis-zeron.html

También una muestra de sus poemas en el mismo lugar, y en este otro enlace: https://diariopoliticoyliterario.blogspot.com/2021/09/cuatro-poemas-de-jose-luis-zeron-huguet.html

VENANCIO IGLESIAS MARTÍN (Olleros de Sabero, León), catedrático de Literatura, ha sido asesor técnico en la Embajada de España en Marruecos, Profesor en la Universidad de Rabat. Ganó el 2º Premio Antonio Machado en dos años consecutivos. Ha publicado las novelas *La soledad de Alvarito Somoza, La carcoma y La ciudad de los mil ojos.* Y los libros de relatos *Moquito, Cuentos, Esperando a Susana, Sombras en el camino, El león del Atlas y otros relatos.*

ÁGORA

PAPELES DE ARTE GRAMÁTICO

Edita: Taller de Arte Gramático (Fulgencio Martínez)
Depósito Legal: MU-0191-1998 ISSN: 1575-3239
Contacto: agoradeartegramatico@gmail.com
Blog de la revista ÁGORA DIGITAL
www.diariopoliticoyliterario.blogspot.com

Distribuidor de la revista impresa: Editorial Ars poetica (Oviedo)
Pueden adquirir los volúmenes 2 y 3 directamente en su página web o pedir que su librero habitual contacte con Ars poética:
https://www.arspoetica.es/libro/agora-papeles-de-arte-gramatico-n-o-2_109048/

Para números atrasados de Ágora, puede pedirlos en la web de la Librería Diego Marín, de Murcia.

José Luis Martínez Valero

Anna Rossell

Alicia Rodríguez Sánchez

Anton Holban

Joaquín Garrigós Bueno

Alba Diz Villanueva

Felix Nicolau

Luis Andrés-Vázquez

José Luis Zerón Huguet

Venancio Iglesias Martín

Fulgencio Martínez

TALLER DE A GRAMÁTICO